



#4

Julio 2020

# Estados Unidos: **miradas críticas** desde Nuestra América

**Estados Unidos  
2020: El laberinto  
de la crisis**

Boletín del  
Grupo de Trabajo  
**Estudios sobre  
Estados Unidos**



**CLACSO**

**PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO**

Raúl Rodríguez Rodríguez  
Alejandro I. Canales  
Dídimo Castillo Fernández  
Valeria L. Carbone  
Jaime Zuluaga Nieto  
Jorge Hernández Martínez  
Leandro Morgenfeld  
Claudio Katz  
Carlos Eduardo Martins

Estados Unidos : miradas críticas desde nuestra América / Raúl Rodríguez Rodríguez ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.  
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo / 4)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-722-635-5

1. Estados Unidos. 2. Pandemias. 3. Racismo. I. Rodríguez Rodríguez, Raúl.  
CDD 301.0973



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

### CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva  
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial  
Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

### Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones  
Lucas Sablich - Coordinador Editorial  
María Leguizamón - Gestión Editorial  
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

### Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora  
Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga  
y Tomás Bontempo.

ISBN 978-987-722-635-5

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito  
que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento  
en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier  
medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo  
del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios  
y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y  
su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría  
Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina  
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |  
<www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



### Coordinadores/as

**Leandro Ariel Morgenfeld**  
Instituto de Investigaciones  
de Historia Económica y Social  
Facultad de Ciencias Económicas  
Universidad de Buenos Aires  
Argentina  
[leandromorgenfeld@hotmail.com](mailto:leandromorgenfeld@hotmail.com)

**Mariana Aparicio Ramírez**  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
Universidad Nacional Autónoma de México  
México  
[aparicio.mariana@politicas.unam.mx](mailto:aparicio.mariana@politicas.unam.mx)

### Coordinador del Boletín Número 4

**Raúl Rodríguez Rodríguez**

# Contenido

## 5 Introducción

Raúl Rodríguez Rodríguez

## 9 Covid-19 en Estados Unidos

La racialización de la desigualdad frente a la salud y la muerte

Alejandro I. Canales

Dídimo Castillo Fernández

## 20 ***Black lives matter*, violencia institucional y racismo estructural en un estados unidos en crisis**

Valeria L. Carbone

## 30 Trump contra la democracia

Jaime Zuluaga Nieto

## 37 Estados Unidos 2020

Ideología y política entre crisis y elecciones

Jorge Hernández Martínez

## 47 El ocaso de Trump

Leandro Morgenfeld

## 55 Aventuras externas frente al diluvio interno

Claudio Katz

## 65 Notas sobre la crisis interna estadounidense en la transición al caos sistémico

Carlos Eduardo Martins

**A Marco A. Gandásegui (Hijo)**  
**Uno de los imprescindibles, por su permanencia en la trinchera**

# Introducción

Raúl Rodríguez Rodríguez\*

El cuarto número de nuestro boletín se focaliza en los aspectos internos de la crisis multifacética que atraviesa Estados Unidos en el año 2020. El abordaje crítico del devenir del sistema económico, político, social, cultural y militar estadounidense ha sido objeto de estudio de este grupo de trabajo desde su fundación, en 2004. Como resultado de la labor del Grupo de trabajo publicó hasta ahora cinco libros: *Crisis de hegemonía de Estados Unidos* (2007), *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas formas de legitimación* (2010), *Estados Unidos más allá de la crisis* (2012), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional* (2016) y *Estados Unidos contra el mundo. Trump y la nueva geopolítica* (2018). Varios de los colegas que contribuyeron en ese esfuerzo colectivo también presentan trabajos en este Boletín.

La declinación hegemónica de Estados Unidos, que venimos analizando en las mencionadas publicaciones, entró en una nueva etapa, acelerada por la crisis sanitaria vinculada a la pandemia de Covid-19. La crisis no es sólo sanitaria, sino que afecta todas de las relaciones sociales, conmocionando a la totalidad de los actores, las instituciones y los valores de la sociedad. En el caso particular de Estados Unidos, la manera que la Administración Trump ha respondido a esta Covid-19 y el impacto de la

\* Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana, Cuba. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos y coordinador del Boletín Número 4 “Estados Unidos 2020: El laberinto de la crisis”.

crisis has expuesto y puesto en evidencia los grandes males que aquejan a la sociedad estadounidense.

La pandemia Covid-19 ha puesto de manifiesto serios problemas ya existentes, como las desigualdades sociales, la corrupción en la clase política y una burocracia anquilosada, sin contacto real con los más amplios sectores de una población que experimenta una transición demográfica, un modelo económico neoliberal feroz y despiadado, una sociedad polarizada, un individualismo voraz y un público distraído y enajenado por el consumismo desmedido. En síntesis, Estados Unidos se enfrenta, en el segundo semestre de 2020 –momento en que deben realizarse las elecciones presidenciales–, a una tormenta perfecta en la que se combinan una recesión económica –y el consecuente aumento del desempleo–, una crisis sanitaria, una crisis del modelo de democracia liberal en el que se inspiró la república, una reacción social al racismo –con nuevos tonos étnicos y etarios– y un declive relativo de su posición como potencia hegemónica. Los trabajos que conforman este boletín profundizan en distintos aspectos de estas dimensiones, a la vez que ofrecen datos y ejemplos concretos para un acercamiento más abarcador la situación actual que vive Estados Unidos.

El artículo de Alejandro Canales y Dídimo Castillo, presenta datos, explica y argumenta cómo la pandemia en Estados Unidos tiene un componente de clase y étnico-racial. No afecta a todos por igual. Los autores exponen que, ya antes de la pandemia, Estados Unidos presentaba una situación de creciente deterioro en diversos indicadores sociales. Sin embargo, la crisis sanitaria del COVID-19 ha exacerbado la racialización del contagio entre grupos afroamericanos y latinos, consecuencia de la disparidad social que permea dicha sociedad.

La contribución de Valeria Carbone parte de un enfoque histórico sobre la violencia institucional y el racismo estructural en Estados Unidos en las últimas décadas. Su contribución fundamental es una valoración de las diferencias de la reacción y las protestas actuales, en 2020, en cuanto a la diversidad de los manifestantes y al hecho de que las protestas no se

limitaran a los barrios donde habitan afroamericanos, sino que se extendieron a los más diversos rincones de la geografía estadounidense.

Ya entrando en aspectos de la crisis política que vive la nación estadounidense, Jaime Zuluaga nos presenta un profundo análisis sobre como Trump ha atacado la democracia liberal en Estados Unidos y ha puesto en crisis las tradiciones y los pilares de la república. Zuluaga concluye que la desafección del presidente estadounidense por los valores y las instituciones del sistema de democracia liberal y sus tendencias autoritarias no son óbice para que sea un defensor a ultranza de los intereses del capital. Para él la institucionalidad opera como un obstáculo en dicha defensa, por lo cual está dispuesto a pasar por encima de ella.

En su contribución, Jorge Hernández parte de una acertada definición de la crisis y sus manifestaciones recientes en Estados Unidos, para referirse específicamente a la crisis de credibilidad y confianza extendida en la sociedad estadounidense. En este sentido, la elección de Trump en 2016 debe ser vista como una expresión de una crisis política e ideológica mayor que ha tendido a profundizarse durante su mandato.

Por su parte, el artículo de Leandro Morgenfeld ofrece un retrato de la situación actual de la administración Trump, asediada por el impacto de la crisis sanitaria y un desplome de los indicadores económicos, una reacción social en tono de rebelión y fracasos en términos de sus objetivos de política exterior hacia el llamado Hemisferio Occidental. El ocaso de Trump, según Morgenfeld, está también marcado por las grietas que se abrieron recientemente en el establishment republicano, manifiestas en las críticas de antiguos miembros de su gabinete con amplias credenciales republicanas como, James Mattis y John Bolton, y también en militares y ex funcionarios de George W. Bush, como Collin Powell.

Claudio Katz explica que Trump, como en ocasiones anteriores han hecho algunos de sus predecesores, también anticipa potenciales escapatorias belicistas frente a las múltiples crisis que enfrenta Estados Unidos por la pandemia, la depresión económica y la rebelión de amplios sectores de la sociedad contra el racismo y la violencia policial. El actual presidente

intenta anular la autonomía latinoamericana y contener a China, pero no ha logrado recomponer la supremacía económica estadounidense. Según Katz, una nueva generación parece estar retomando el empalme de tradiciones revolucionarias y radicales en todo el hemisferio, incluido Estados Unidos.

Finalmente, Carlos Eduardo Martins analiza la crisis política estadounidense en el contexto de la transición de la globalización neoliberal hacia el caos sistémico. Martins apunta que la economía mundial va entrando en un Kondratiev recesivo de larga duración, que profundiza el declive de Estados Unidos como potencia hegemónica y desnuda su limitada democracia, comprometida con el racismo, el colonialismo interno y el imperialismo, pues su fuente de cohesión interna es la prosperidad material y el fetichismo de la mercancía. El autor señala que tres proyectos disputarán el poder político en los nuevos escenarios que se abren: el liberal decadente, el neofascista y el democrático radical y socialista.

Con este cuarto número de nuestro boletín, el grupo de trabajo Estudios sobre Estados Unidos pretende contribuir a la comprensión de los fenómenos actuales de la realidad estadounidense. Esto es de particular interés para los países de América Latina y el Caribe. Va más allá de la pura curiosidad intelectual y responde a preocupaciones sobre la memoria de nuestra región y a la necesidad de contribuir a un conocimiento cabal sobre la situación interna de Estados Unidos, que es en la actualidad un requisito para la acción transformadora eficaz, a favor de los oprimidos en Nuestra América.

# Covid-19 en Estados Unidos

## La racialización de la desigualdad frente a la salud y la muerte

Alejandro I. Canales\*  
Dídimo Castillo Fernández\*\*

Estados Unidos, en un tiempo relativamente más corto y con consecuencias sociales apreciablemente mayores que en sus homólogos europeos y asiáticos y el resto del mundo, se convirtió en el país más afectado por la pandemia a nivel mundial. Independientemente de que las estrategias de contención, primero, y mitigación, después –si es que las hubo– hayan fracasado, los resultados son los altos niveles de contagio y muertes experimentadas en todos los sectores de la población, pero particularmente entre los más vulnerables: las comunidades afroamericanas y latinas, laboralmente más expuestas a los contagios, con menores recursos

\* Profesor investigador, Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: acanales60@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

\*\* Profesor investigador, Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: didimo99@prodigy.net.mx. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

para mantener las medidas de cuidado y confinamiento, así como sus limitadas posibilidades de acceso a los sistemas de seguridad social y de atención a la salud.

Las consecuencias sociales, económicas y políticas internas y externas son aún imprevisibles para el país. No obstante, el sólo impacto sobre el desempleo, comparable únicamente con los efectos de la Gran Depresión de la década de 1930, impactará directamente sobre la desigualdad social y condiciones de pobreza ya de por sí incrementadas con la crisis de 2008, que afecta a un amplio sector de la población en riesgo incluso de enfrentar una crisis alimentaria ante la caída de los ingresos familiares y el deterioro de la capacidad adquisitiva. Todo ello, además enrarecido por el incierto entorno político de la elección presidencial a realizarse en noviembre del presente año, a lo que se suman las movilizaciones y protestas recientes ante los atropellos y vejaciones infligidas a las minorías afroamericanas y latinas sistemáticamente excluidas.

La pandemia tiene un componente de clase y étnico-racial. No afecta a todos por igual. La clase trabajadora es de hecho muy heterogénea. Incluso entre los asalariados, no todos pueden mantener por tiempo prolongado medidas de confinamiento y cuidado a la salud, ante la necesidad de asegurar sus ingresos; o aislarse y permanecer en sus viviendas en las que no siempre cuentan con las condiciones adecuadas o, menos aún, decidir sobre esquemas de trabajo en casa o a distancia. Son muchos factores que propician que sean las comunidades afroamericanas y latinas las más vulnerables y propensas a contagiarse. En Estados Unidos, una parte importante de las actividades de servicio que requieren de la presencia física del trabajador en labores de atención directa a la población, son desempeñadas por trabajadores afroamericanos e hispanos, que por consiguiente quedan expuestos a los riesgos de contagio.

La pandemia paulatinamente ha vulnerado la seguridad de los Estados en distintas partes del mundo, de ahí que ya a inicios del año fuera declarada como una “emergencia internacional” por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Además, puso en evidencia las contradicciones del modelo económico y socio laboral adoptado, al exhibir la situación de

desigualdad social y pobreza, y el consiguiente impacto diferencial sobre los grupos más vulnerables, así como las debilidades del sistema privado de seguridad y atención sanitaria. Si bien, en principio cualquier persona es susceptible a ser contagiada, ni la exposición al riesgo ni las maneras de enfrentarlo resultan iguales en el conjunto de la población. La crisis sanitaria del COVID-19 ha exacerbado la racialización del contagio entre grupos afroamericanos y latinos, consecuencia de la disparidad social que permea dicha sociedad.

Ya antes de la pandemia, Estados Unidos presentaba una situación de creciente deterioro en diversos indicadores de bienestar social. La desigualdad social coexiste con una estructura de bienestar y riesgo a la salud étnico-racialmente estratificada. De ahí que el COVID-19 haya afectado en mayor medida a la población afroamericana y latina, con mayor número de contagios, hospitalizaciones y muertes, resultado de las profundas condiciones de desigualdad social, étnicas, de raza y clases en el país.

## Racismo y desigualdad social: La racialización de la estructura de clases

“La raza continúa siendo una fuerza ponderosa que divide a nuestra sociedad” (*The New York Times*, 2017, enero 10). Así se refería Barack Obama en su discurso de despedida como presidente frente al problema del racismo y la xenofobia en Estados Unidos, y lo asumía como uno de los grandes temas pendientes que debieran definir la agenda social y política de ese país. La historia del racismo en Estados Unidos es la del individualismo, la intolerancia y la violencia simbólica y física promovida por el capitalismo contemporáneo en el país. Sabemos que el racismo y la diferenciación étnica desde siempre han formado parte de la estructura social y cultural en el país. Diversos autores han estudiado su conformación histórica, así como sus mecanismos de reproducción y transformación en el tiempo (Bonilla-Silva, 2002; Omi y Winant, 2015). Asimismo, hace unos años se abrió un interesante debate en torno a las nuevas formas que adopta la discriminación étnica en la sociedad norteamericana

contemporánea, y se llegó a hablar incluso de que se estaría viviendo una época post-racial, tomando como dato precisamente el ascenso de un representante de la comunidad afroamericana al gobierno de Estados Unidos (Love y Tosolt, 2010; Ono, 2010).

A lo largo de la historia del país, una parte importante de la desigualdad observada en el empleo, la educación, la salud, el acceso a la vivienda, entre otras, tiene su base en la inequitativa distribución de oportunidades reproducidas con el tiempo, que establecen los roles y los supuestos lugares que cada individuo debe ocupar en la sociedad estadounidense, generalmente definidos por la raza, el color de piel o la clase social. Superar las desigualdades estructurales en dicha sociedad implicaría la deconstrucción de los imaginarios que predominan en torno a las diferencias sociales.

El reciente asesinato de George Floyd, ciudadano afroamericano, por parte la policía de la ciudad de Minneapolis en Minnesota, y las masivas protestas y manifestaciones que este hecho criminal originó, es el mejor ejemplo de que el racismo, la xenofobia y la discriminación, son algunos de los ejes de mayor importancia en la forma de estructuración del conflicto social y político en ese país. El caso de Floyd no es el único, este forma parte de una larga serie de actos de racismo y discriminación que, en los últimos años y bajo el amparo del gobierno de Donald Trump, se han venido suscitando en Estados Unidos. Lo relevante es que este caso ha vuelto a poner el tema del racismo en el debate social y político actual tanto de esa nación como en las demás sociedades del mundo desarrollado.

En Estados Unidos el racismo no sólo se manifiesta como un modo de dominación y discriminación con base en la condición étnico-racial, sino también como un modo de racialización de la desigualdad social y la estructura de clases. Al respecto, los datos sobre la distribución del ingreso según estratos sociales y grupos étnico-raciales son elocuentes. El 61% de la población norteamericana es de origen blanco. Sin embargo, este grupo está sobre representado en los estratos altos de ingreso, a la vez que sub representado en los estratos bajos. Los blancos representan 72%

de la población de los estratos con ingresos familiares con más de 150 mil dólares anuales, y 70% de los de estratos de clase media alta, con ingresos familiares entre 75 mil y 150 mil dólares anuales.

Por el contrario, en la población con ingresos por debajo de la línea de pobreza, los blancos sólo representan 43% del total, proporción que se mantiene por debajo de 50% en el caso de la población de clase media baja, con ingresos menores a 20 mil dólares anuales. Esta distribución de la población blanca contrasta con la forma en que se distribuyen las minorías étnico-demográficas. En el caso de la población de origen afroamericano, por ejemplo, vemos que, aunque sólo representan 13% del total de los norteamericanos, constituyen 22% de la población en situación de pobreza, a la vez que 18% de la población de clase media baja. Asimismo, sólo representan 9% de la población de clase media alta (de 75 mil a 150 mil dólares), y 7% de la clase alta, con ingresos por sobre los 150 mil dólares anuales. La población de origen latino muestra una situación muy similar. Aunque constituyen 18% de la población norteamericana, representan, sin embargo, 27% de la población en situación de pobreza, y 25% de la clase media-baja, con ingresos inferiores a 20 mil dólares anuales. Por el contrario, representan sólo 13% de la población de clase media alta, y 9% de las clases altas.

#### Cuadro 1: Estados Unidos, 2008

##### Composición étnico-racial de la población según estratos de ingreso familiar

	Total	Pobres	Media Baja (hasta 20K)	Media (hasta 75K)	Media Alta (hasta 150K)	Alta (más de 150K)
Total	323.156.079	40.305.269	43.073.729	115.863.795	82.319.811	41.593.475
Blancos	195.530.355	17.267.600	21.175.052	69.192.422	57.760.470	30.134.811
Latinos	59.227.161	10.963.695	10.853.585	23.353.658	10.417.032	3.639.191
Afroamericanos	41.962.893	8.947.701	7.821.699	15.175.156	7.097.901	2.920.436
Otras Minorías	26.435.670	3.126.273	3.223.393	8.142.559	7.044.408	4.899.037
<b>Total</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>	<b>100%</b>
Blancos	61%	43%	49%	60%	70%	72%
Latinos	18%	27%	25%	20%	13%	9%
Afroamericanos	13%	22%	18%	13%	9%	7%
Otras Minorías	8%	8%	7%	7%	9%	12%

Fuente: CPS-ASEC, 2018

Estos datos ilustran la dimensión que alcanza la racialización de la matriz de la desigualdad social en el país. Tal pareciera que la posición que cada individuo ocupa en la escala social estuviera determinada en diversos grados por su origen étnico-racial. Es la racialización de la desigualdad social, en donde la inserción en los diferentes estratos y clases sociales ya no está directamente determinada sólo y exclusivamente por la posición en la matriz laboral y económico-productiva, sino que ello está mediada por el color de la piel y el origen étnico-migratorio (Canales, 2019).

Es el racismo en su máxima expresión sin mediaciones demográficas que lo oculten. Las clases se nos muestran diferenciadas por color, etnia y origen migratorio. Por lo mismo, la reproducción de la sociedad como un todo, y de su estructura de clases, es racializada y toma forma de acuerdo con la matriz étnico-racial que la constituye. Como dice Ricciardi (2017: 18), en las sociedades contemporáneas “el racismo no se refiere a la discriminación o al rechazo de un genérico *otro*, sino más bien, a su incorporación diferencial al interior de las tres figuras colectivas fundamentales [sociedad, pueblo y nación]”.

## Racismo y desigualdad social en el proceso salud-enfermedad y muerte

La situación frente a la epidemia por coronavirus no escapa a este modo de estructuración de la desigualdad social en Estados Unidos. Un primer dato que muestra esta situación es la desigual vulnerabilidad de los diferentes grupos étnico-raciales, medido según el grado de acceso al sistema de seguridad social. Como se observa en la siguiente tabla, en 2018 aproximadamente 14% de la población norteamericana no tenía acceso a ningún sistema de salud y atención sanitaria. Sin embargo, mientras en la población de origen blanco, sólo 11% de ellos se encontraba en tal situación de vulnerabilidad sanitaria, esta proporción se elevaba a 17% en el caso de los afroamericanos y a 21% en el de la población de origen latino. Estas diferencias ilustran cómo, al igual que con la distribución de los ingresos, la desigualdad social frente a la salud y la enfermedad es también una forma de desigualdad étnico-racial.

## Cuadro 2: Estados Unidos, 2018

### Desigualdad social étnico-racial frente a la salud y la enfermedad

	Total	Blancos	Latinos	Afro Americanos	Asiáticos	Otras minorías
Población sin acceso a sistema de salud (1)	14%	11%	21%	17%	11%	20%
Prevalencia de enfermedades (2)						
Diabetes	10,5%	8,5%	14,3%	13,8%	11,2%	17,3%
Obesidad	30,4%	29,4%	34,3%	37,0%	11,8%	41,2%
Hipertensión	31,8%	30,4%	30,2%	41,7%	28,7%	37,9%

Fuente: (1) CPS-ASEC, 2018; (2) Estimaciones propias con base en National Health Interview Survey, 2018. CDC.

Junto a esta mayor desprotección en cuanto a acceso a los sistemas de salud de las diferentes minorías étnicas en Estados Unidos, se da también una mayor prevalencia de enfermedades y padecimientos crónicos que, como la obesidad, hipertensión y la diabetes, constituyen además marcos de mayor vulnerabilidad frente a otras enfermedades y riesgos a la salud. De acuerdo con los resultados de la Encuesta Nacional de Salud de 2018, las minorías étnico-raciales presentan sistemáticamente, mayor prevalencia de este tipo de situaciones.

Mientras sólo 8.5% de la población de origen blanco no latino padece de diabetes, esta situación afecta aproximadamente a 14% tanto de latinos como afroamericanos. Asimismo, la obesidad que se ha convertido en una condición de riesgo de salud a nivel mundial, en el caso de Estados Unidos no afecta a todos por igual. Mientras 29.4% de los blancos padecen de obesidad, con un índice de masa corporal superior a 30, esta situación afecta a 34.3% de los latinos y a 37% de los afroamericanos. La situación frente a la hipertensión, otro mal de nuestra sociedad contemporánea, también es desigual según condición étnico-racial. Mientras 30.4% de los blancos no latinos padecen de hipertensión, esta condición afecta a casi 42% de los afroamericanos.

Estos datos refieren a una racialización de la desigualdad social frente a los procesos de salud, enfermedad y muerte de la población. Todos estamos expuestos a enfermarse y morir, pero no todos tenemos los mismos riesgos frente a esta situación. Es evidente que la desigualdad social frente a la salud, en Estados Unidos adopta la forma de racialización, en donde el racismo y la desigualdad étnica constituyen la forma en que se expresa esta desigualdad social y de clases.

## La desigualdad étnico-racial frente al COVID-19

Al 28 de junio se habían registrado en Estados Unidos más de 2.6 millones de casos confirmados de COVID-19. Sería de esperar que este volumen de contagios se distribuyera proporcionalmente de acuerdo con el tamaño demográfico de cada grupo étnico-racial. Sin embargo, los datos muestran que, aunque el virus no reconoce etnias ni razas, éstas enfrentan la epidemia en desiguales condiciones sociales y sanitarias. Por un lado, vemos que la población blanca no latina, aun cuando representa 61% de la población, sólo concentra 35% de los casos por COVID-19. Por el contrario, los afroamericanos, así como los latinos, aun cuando sólo representan 12 y 19% de la población, concentran 21 y 34% de los casos por COVID-19. Este desajuste en la distribución de los casos de contagios respecto a la distribución de la población, se refleja en una desigual incidencia de esta enfermedad en cada grupo étnico-racial. Así, vemos que mientras en el caso de la población blanca, sólo 3.5 de cada mil personas se han contagiado, esta tasa se incrementa a 11.2 contagios por cada mil personas en el caso de la población afroamericana, y a 12.7 en la población de origen latino.

La desigualdad étnico-racial no refiere sólo a la incidencia de la enfermedad sino también y fundamentalmente, a sus efectos en cuanto a las condiciones de salud y muerte que afecta a cada grupo social. Por un lado, vemos que la tasa de hospitalización es sustancialmente mayor en el caso de las minorías étnicas, respecto a la mayoría blanca. Mientras en este último caso, se da una tasa de hospitalización de sólo 43.5 personas por cada 100 mil habitantes, respecto de las dos principales minorías étnicas esta relación se eleva a 193 hospitalizados por cada 100 mil habitantes, en el caso de los latinos, y a 202 hospitalizados por cada 100 mil habitantes en la población afroamericana. Junto a ello, vemos que la mortalidad por COVID-19 también es significativamente desigual según origen étnico-racial. Así, mientras entre los blancos se da una tasa de mortalidad de sólo 22.5 muertes por cada 100 mil habitantes, en los latinos esta tasa se eleva a 52.9 muertes por cada 100 mil personas, y a 78.4 muertes por cada 100 mil personas en los afroamericanos.

### Cuadro 3: Estados Unidos, 2018

#### Contagios, defunciones y hospitalizaciones por COVID-19, según grupo étnico-racial

	Total	Blancos	Latinos	Afro Americanos	Asiáticos	Otras minorías
Casos de Contagios (%)	100%	35%	21%	4%	34%	6%
Tasa de Incidencia (por mil)	6,7	3,5	11,2	4,1	12,7	16,0
Tasa de Hospitalización (por 100 mil)	86,2	43,5	202,2	54,2	192,8	231
Tasa de Mortalidad (por 100 mil)	32,3	22,5	78,4	37,1	52,9	46,4
Incidencia de COVID-19 en Mortalidad General	9,8%	6,9%	18,0%	17,8%	20,5%	17,7%

Fuente: estimaciones propias con base en CDC, US. *Coronavirus Disease 2019 (COVID-19)*. <https://www.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/cases-updates/index.html>.

#### Tasas ajustada por estructura etárea

Para dimensionar el impacto global que tienen estas desigualdades étnico-raciales sobre la condición de salud, enfermedad y muerte de las poblaciones, podemos estimar el incremento en la mortalidad general de cada grupo étnico atribuible a las muertes por COVID-19. Al respecto, los datos son elocuentes. En el caso de los blancos, el COVID-19 ha incrementado la mortalidad en sólo 6.9%, situación que, aunque sin duda de no menor gravedad, contrasta con lo que ocurre entre las diferentes minorías étnico-raciales. En el caso de los afroamericanos, por ejemplo, el COVID-19 ha incrementado en 18% la mortalidad general, proporción que se eleva a 20.5% en el caso de los latinos.

## Conclusiones

Estados Unidos se ha convertido en el país con mayor incidencia de casos por COVID-19 a nivel mundial. Al 28 de junio de 2020, cuando el volumen de contagios ha superado ya la barrera de los 10 millones de personas, destaca el hecho de que más de 25% de ellos se dan en este país. Asimismo, cuando ya se ha pasado la barrera del medio millón de defunciones por causa de esta enfermedad, destaca igualmente el hecho de que 25% de estas muertes se dan en Estados Unidos. A la gravedad de la situación que ilustran estas cifras, cabe señalar un hecho no menor, que no es sino la gran desigualdad social y étnico-racial que le subyace.

Como señala Therborn (2016), “la desigualdad social mata” (p. 15), y en este caso, los datos muestran que, en Estados Unidos, su principal instrumento es el racismo, en tanto modo de estructuración de los desiguales impactos de la pandemia sobre la salud, la enfermedad y la muerte de los diferentes grupos étnico-raciales que conforman la población norteamericana. El análisis y los datos que hemos presentado son elocuentes, y muestran la radicalización de la desigualdad frente a la incidencia de esta enfermedad. Aun cuando sabemos que el virus no reconoce condición étnica ni racial, ello no implica que la desigualdad social que prevalece no genere condiciones adversas que afectan preponderantemente a las minorías étnicas. La radicalización de la desigualdad social se reproduce como una radicalización frente a los efectos e incidencia de esta pandemia, y hace que los mayores efectos negativos los sufran una vez más las minorías étnicas. En ellas se concentra el mayor efecto en la salud de la población, así como el mayor volumen de defunciones.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bonilla-Silva, Eduardo. 2002. ‘We are all Americans!: The Latin Americanization of racial stratification in the USA’, *Race and Society*, vol. 5, p. 3-16.
- Canales, Alejandro I. 2019. *Migration, Reproduction and Society. Economic and Demographic Dilemmas in Global Capitalism*. Leiden, Boston, Brill Publisher.
- Love, Bettina L. & Tosolt, Brandelyn. 2010. “Reality or Rhetoric? Barack Obama and Post-Racial America”. *Race, Gender & Class*, Vol. 17, No. 3/4, pp. 19-37.
- Omi, Michael; Winant, Howard. 2015. *Racial Formation in the United States*. New York, Routledge/Taylor & Francis Group, Third edition.
- Ono, Kent A. 2010. “Postracism: A Theory of the “Post”- as Political Strategy”. *Journal of Communication Inquiry* 34(3) p. 227-233.
- Ricciardi, Maurizio. 2017. “Migrantes, poder y capital. Acerca de la teoría política de las migraciones”. En Jorge Olvera García, Norma Baca Tavira, Maurizio Ricardi y Susan Sanhueza Henríquez (Coords.) *Migración y trabajo en el capitalismo global*. México,

(páginas 15-37). UAEM, Universidad de Bologna, Universidad Católica del Maule y GEDISA,

The New York Times (2017, Enero 10). *President Obama's Farewell Address: Full Video and Text*. Recuperado de [https://www.](https://www.nytimes.com/2017/01/10/us/politics/obama-farewell-address-speech.html?_r=0)

[nytimes.com/2017/01/10/us/politics/obama-farewell-address-speech.html?\\_r=0](https://www.nytimes.com/2017/01/10/us/politics/obama-farewell-address-speech.html?_r=0)

Therborn, Göran. 2016. *Los campos de exterminio de la desigualdad*. México, Fondo de Cultura Económica.

# ***Black lives matter,* violencia institucional y racismo estructural en un estados unidos en crisis**

Valeria L. Carbone\*

Estados Unidos de América se encuentra nuevamente convulsionado. Muchos hablan de la mayor revuelta a nivel nacional desde la década de 1960, con manifestaciones en todo el país, en el contexto de una acelerada crisis económica con índices de desempleo que equiparan a los de la gran depresión, consecuencia de una crisis sanitaria sin precedentes. ¿El detonante de turno? Un episodio, entre tantos, de brutalidad policial que terminó con la muerte de George Floyd, un hombre afro-estadounidense, a manos de la policía de Minneapolis.

El último ciclo de protestas y manifestaciones masivas de esta índole se había producido en el 2014, luego de otro episodio de violencia policial.

\* Cátedra de Historia de los Estados Unidos de América e Instituto de Estudios e Investigaciones Interdisciplinarias de América Latina, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Secretaria de redacción, revista “Huellas de Estados Unidos: estudios, perspectivas y debates desde América Latina”. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

En ese entonces, el asesinato de Michael Brown, un adolescente de 18 años, derivó en una oleada de protestas que tuvo como epicentro la ciudad de Ferguson, Missouri, y que resultó en la popularización del *Black Lives Matter* (BLM), una coalición formada en 2013 por las activistas Alicia Garza, Patrisse Cullors y Opal Tometi luego de la absolución de un guardia de seguridad blanco que asesinó a Trayvon Martin, un estudiante negro de 17 años que visitaba a sus parientes en un barrio privado de Florida.

Peniel E. Joseph calificó a toda esta generación de Georges y Michaels como “hijos de la rebelión de Watts”. Hace casi 55 años el próximo mes de agosto de 2020, el gueto de Watts (Los Ángeles) estalló en un motín “racial”. El mismo escaló a raíz de un enfrentamiento entre la policía y los residentes predominantemente afro-estadounidenses del barrio de Watts, ante un caso similar de brutalidad policial y abuso de poder. Producto de condiciones estructurales y contextuales más profundas que contribuyeron al estallido, el mismo se produjo luego de la brutal golpiza que un joven de 21 años, Marquette Frye, y su madre, Rena Price, recibieron luego de que Marquette fuera detenido por “conducir en forma imprudente”. Las autoridades impusieron la ley marcial en la ciudad y movilizaron a 21.000 policías y efectivos de la Guardia Nacional. Seis días de enfrentamientos entre ciudadanos negros y la policía concluyeron con 34 muertos, 1.032 heridos, 3.438 detenidos y pérdidas materiales por US\$40 millones.

En el contexto histórico más amplio de la lucha por los derechos civiles de la comunidad negra, y pocos días después de la dilatada aprobación de la ley de derecho al voto (1965), el estallido de violencia en Watts implicó un punto de inflexión tanto en el movimiento por los derechos civiles - que por entonces llevaba una larga década de lucha y protesta en las calles y en el ámbito judicial contra las prácticas más arraigadas de segregación racial-, como durante las rebeliones urbanas de los años 1964-1968. Desde mediados de 1963, se venían sucediendo en distintos puntos del país una serie de motines urbanos contra la segregación de facto. En tanto expresiones de la falta de trabajo, de las paupérrimas condiciones de vida y vivienda, pobreza extrema, segregación educativa y residencial,

marginación laboral e incesante brutalidad policial, miles de afro-estadounidenses se manifestaron masivamente en todo el país. El punto más álgido se alcanzó durante el “largo y cálido verano” de 1967, cuando las protestas contra la brutalidad policial y la indiferencia ante el sufrimiento negro estallaron en 163 ciudades. Sólo los años 1965-1968 promediaron 300 revueltas, más de 50.000 detenidos y 8000 muertos, la mayoría de ellos a manos de la policía y la Guardia Nacional, siendo las más violentas en Watts, Chicago, Baltimore, Detroit, Newark, Cleveland, Milwaukee y el distrito de Columbia.

Estos sucesos fueron investigados por una Comisión creada a tal efecto en 1967 por el presidente Lyndon Johnson. La *National Advisory Commission on Civil Disorders* (conocida como Comisión Kerner) caracterizó estos episodios como “inusuales, irregulares, complejos e impredecibles”, espontáneos y sin dirección, que involucraron a afro-estadounidenses “actuando contra símbolos institucionales, de autoridad y propiedad de la sociedad blanca en barrios negros” (National Advisory Commission on Civil Disorders, 1968, pág. 3). La Comisión concluyó que la causa principal de los violentos motines era el “racismo blanco” inherente a la sociedad norteamericana, la perpetuación de patrones de opresión, segregación y discriminación racial que había conducido a la falta de oportunidades sociales, económicas y educativas; y a la desesperanza de la vida en los guetos urbanos. El informe concluyó que Estados Unidos se estaba convirtiendo (si no lo era ya) en una sociedad bipartita: una negra y pobre, otra blanca y rica, separadas y desiguales. Advirtió que sólo a través de una profunda redistribución de la riqueza, la creación de puestos de trabajo, el establecimiento de un salario mínimo digno, la puesta en marcha de planes sociales, de vivienda y educativos, y la eliminación de prácticas discriminatorias sistemáticas en el acceso y promoción del empleo, podría superarse la profunda brecha racial. Esta conclusión no oficializó e institucionalizó no sólo los reclamos de un movimiento que durante décadas demandó cambios estructurales, sino el hecho de que los programas sociales gubernamentales no se adecuaban ni eran pertinentes para solucionar los problemas socio-económicos existentes. Johnson se negó a avalar las conclusiones de la Comisión que él mismo había creado, reunirse con sus miembros o diseñar una política que considerara

sus recomendaciones, continuando con un patrón de inacción política que se mantiene hasta hoy. Así, en los años subsiguientes (1968–1972), al menos 960 comunidades negras segregadas fueron testigos de al menos 2310 motines “raciales”.

Desde entonces, estos episodios de carácter cíclico se producen como reacción a un sistema que, a pesar de manifestaciones, marchas, protestas, sentadas, reclamos de diverso carácter e índole y de los “cambios institucionales”, se las ingenia para seguir funcionando sin que nada cambie. Así, esto no representa solo la repetición de hechos pasados, sino que son consecuencia de la desidia histórica de las instituciones y del sistema político-económico para abordar el problema de racismo estructural que tiene Estados Unidos. En este sentido, los acontecimientos de este 2020 nos revelan tanto innegables similitudes con aspectos ya vistos en otros períodos de la historia estadounidense, como también particularidades de este momento histórico.

## Similitudes

- Los reclamos contra la violencia y brutalidad policial continúan estando entre las principales demandas del colectivo afro-estadounidense. Ya en 1966 el *Black Panther Party*, inspirado en reclamos de otras organizaciones comunitarias antes que ellos, plantearon en el punto 7 de su “Ten Point Program” la necesidad imperiosa de poner fin a la violencia racial y la represión policial contra los afro-descendientes, hacer valer el derecho constitucional a la auto-defensa armada, y organizar grupos de vigilancia y defensa contra la brutalidad policial.
- La apelación a formas y estrategias de lucha pacífica contenidas y reprimidas de manera violenta. La dinámica “movimiento popular basado en el principio de la no violencia contra la segregación – respuesta segregacionista y supremacista del poder y las instituciones” caracterizó la era de los derechos civiles. Incluso el *Black Power*, con sus principios de reivindicación del orgullo negro, la

autodefensa contra los ataques racistas y la autodeterminación, era un postulado en respuesta a la violencia sistémica contra los negros.

- Violencia y represión como respuestas sistemáticas desde el “establishment”. La razón es simple: Se trata de procesos de movilización y protestas contra el sistema y del orden social. Es decir, la violencia y brutalidad policial es un accionar constante y deviene un detonante típico de procesos de protestas masivas, tanto entonces como ahora. Sin embargo, es importante subrayar que la respuesta represiva es hacia colectivos específicos: negros, latinos, trabajadores, etc.). Ante grupos que sostienen ese orden (supremacista y/ o pro-capitalista) la respuesta no es represión sino tolerancia. Como ejemplo, podemos mencionar la inacción hacia las actividades del Ku Klux Klan desde su creación en 1865, hasta la más reciente manifestación de un grupo de “milicianos” de extrema derecha que 10 días antes de las protestas de George Floyd invadieron la legislatura de Michigan para protestar, armas en mano, contra la cuarentena (Perkins, 2020).
- La romantización del “pacifismo” de las protestas de épocas anteriores: no solo figuras como Malcolm X, Stokely Carmichael o Huey Newton fueron vilipendiados por su retórica “radical”. El ícono del pacifismo y la desobediencia civil, Martin Luther King, Jr. fue durante décadas calificado de “agitador”, “incitador a la violencia”, “infiltrado”, “traidor a la causa de los negros” y hasta “comunista”. Esto evidencia que el problema de fondo no es la “forma de lucha”, sino que la misma existe como cuestionamiento al sistema.
- “Globalidad” del reclamo: la historia de las protestas por la igualdad racial se entrelaza con las luchas contra las injusticias raciales a nivel global dadas por los procesos de descolonización y autodeterminación nacional posterior a la segunda guerra mundial, la lucha por los derechos civiles, la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, y el Black Power. Entonces y ahora, estos continúan siendo movimientos transnacionales, no simplemente locales o nacionales, contra la injusticia racial y el racismo estructural.

## Diferencias

- “Diversidad” de los manifestantes: las protestas actuales se presentan como multiétnicas, una característica mayormente ausente en los años sesenta.
- Thomas Sugrue ha observado que la geografía de la violencia y los saqueos tiene sus particularidades. En el pasado, los enfrentamientos se producían principalmente en “barrios negros”. Hoy, vemos que se iniciaron y/o extendieron hacia las partes más afluentes de los centros comerciales urbanos y suburbanos. La violencia tuvo como objeto tiendas locales y franquicias internacionales en barrios ricos como Rodeo Drive en Beverly Hills, el Soho en Nueva York y Buckhead en Atlanta. Según Sugrue, si bien aún es difícil comprender completamente la significación de que los manifestantes pinten grafitis que digan *Black Lives Matter* y *Eat the Rich*, es posible que “ante el aumento del desempleo y la continua injusticia racial, estemos presenciando algo que es tan viejo como nuevo”(Sugrue, 2020).
- Ausencia de un liderazgo distintivo: las protestas son mayormente descentralizadas. No hay líderes identificables a nivel nacional, sino múltiples referentes locales con diferentes criterios y demandas inmediatas a ser satisfechas. Ello complejiza la resolución del conflicto en el corto plazo, en un contexto en el que la cabeza del gobierno federal, Donald J. Trump, con su retórica incendiaria, peligrosa intransigencia y propensión a la violencia no se caracteriza por bajar el tono del conflicto. Dicho ello, es importante aclarar que la “horizontalidad” de las manifestaciones no significa que las mismas sean “irracionales” o desorganizadas. Todo lo contrario: lo que se ve es la recuperación de formas previas de organización y la implementación de estrategias históricas de lucha, en protestas que son bien organizadas y coordinadas, y con claros objetivos en términos políticos.
- Contexto histórico: estas protestas se producen en un particular contexto de recesión económica, acelerada por una crisis sanitaria

global sin precedentes, producto de una pandemia que se reveló especialmente perjudicial con aquellos que continuaron sosteniendo el funcionamiento de la economía: los trabajadores del sector servicios. Según datos del *Centers for Disease Control and Prevention* (CDC), el 22% de los infectados y el 23% de las personas que murieron por COVID19 son afro-descendientes, cuando representan poco más del 12% de la población total. Siendo el 22% de los habitantes de la ciudad de Nueva York, a mediados de abril constituían el 28% de los muertos por el virus. En Chicago, donde representan el 30% de la población, comprenden el 70%. En Luisiana, son el 32% de la población, pero el 70% de los muertos (Wingfield, 2020). Cuando hacia el mes de abril 20.5 millones de personas fueron despedidas de sus puestos de trabajo, la tasa de desempleo entre los trabajadores afro-estadounidense aumentó un 16.7%, la más alta desde 2010; mientras que entre hispanos o latinos fue de 18.9%. Otro dato: según un encuesta realizada en abril de 2020 por el *Pew Research Center*, casi el 61% de los “hispanos” y el 44% de los afro-estadounidenses dijeron que ellos o alguien en su hogar sufrieron una pérdida de trabajo o salario debido a las consecuencias económicas de la pandemia (Major, 2020). Como expresara Priscilla Borkor, una trabajadora social que se unió a las protestas en Brooklyn: “Nos está matando o bien el COVID19, o los policías o la economía” (Altman, 2020).

Los primeros en enfermarse y en perder el trabajo, los afro-estadounidenses enfrentan una doble realidad (ser negros y ser pobres) difícil de eludir. Adicionalmente, hay un aspecto que particularmente resalta en el devenir entre el pasado y el presente: La extrema militarización de las fuerzas de seguridad interna. La misma comenzó con la retórica de “la ley y el orden” de Richard Nixon en 1968, una clara reacción a la movilización de las décadas de 1950 y 1960. Si bien se acentuó exponencialmente en los últimos 20 años, luego de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, ya durante el gobierno del demócrata Bill Clinton se apuntó a militarizar el accionar policial. Gracias al “Programa 1033” del Pentágono, creado luego de la sanción de la ley de Autorización de Defensa Nacional (1997), organismos de seguridad interna comenzaron a acceder,

cada vez en mayor medida, a armas y tecnología del Departamento de Defensa desarrollada en términos de conflicto bélico contra enemigos externos. Ello dio lugar a una transferencia de \$ 5,1 mil millones del Departamento de Defensa a las fuerzas del orden locales. Entre 1998 y 2014, el gasto de los departamentos de policía en insumos militares se disparó de \$ 9,4 millones a \$ 796,8 millones (Miller, 2019). Sumado a ello, las fuerzas policiales cuentan con protecciones legales contra actos de abuso y violencia. En 1982 la Corte Suprema concluyó en *Harlow v. Fitzgerald* que la policía, siendo funcionarios públicos, gozan de “inmunidad calificada”, una doctrina que brinda a empleados federales y estatales una amplia y cuasi ilimitada protección contra su accionar en el ejercicio del cargo. Esto se vio ratificado en una sentencia posterior de 1986 (*Malley v. Briggs*) en la que la Corte clarificó que la inmunidad calificada “brinda amplia protección a todos, excepto a los simplemente incompetentes o aquellos que a sabiendas violan la ley” (Millhiser, 2020). En 2009, esta doctrina fue reforzada cuando se establecieron criterios para desestimar argumentos sobre la ilegalidad del accionar del funcionario o la violación de derechos civiles o constitucionales.

Esta sobre financiación, militarización e impunidad del accionar de las fuerzas policiales creció al ritmo de la evolución de la idea de “restablecer la ley y el orden” de los años ‘70, las bipartidarias “guerra contra las drogas” de los años ‘80 y ‘90, y la “guerra contra los opioides y la lucha contra el terrorismo” de los años 2000, en las que la constante es la criminalización no solo de la protesta sino de la pobreza. Conjuntamente con ello, la administración Trump restableció un programa del Pentágono para enviar “excedentes” de equipos militares a las fuerzas policiales; ordenó desestimar protocolos de consentimiento establecidos judicialmente por la gestión Obama, para supervisar el accionar de los departamentos de policía locales acusados de abusos y violaciones a los derechos civiles, y se frenó un programa que apuntaba a reformar los departamentos de policía (Altman, 2020). Esta conjunción de factores derivó en el fortalecimiento de un sistema que, con el fin legal de la segregación racial, dedicó 50 años a perfeccionarse en la práctica de exonerar a victimarios y criminalizar víctimas tanto por su identidad racial como por su condición de clase. Así, recuperando la caracterización

de Keeanga-Yamahtta Taylor, lo que vemos hoy en las calles es “la convergencia de una rebelión de clase en cuyo centro se hallan el racismo y el terrorismo racial” (Taylor, 2020). Este derrotero demuestra que, desafortunadamente, las manifestaciones y motines en Minneapolis son la evidencia de una pesada herencia. Y que en lugar de responder a una rebelión con políticas que aborden el problema a nivel estructural, políticos y funcionarios, desde Nixon a Trump, “han tratado constantemente de manejar las consecuencias materiales de los problemas socioeconómicos con más policía, más vigilancia y, finalmente, más encarcelamiento. Nosotros, como nación, aún no reconocemos la sabiduría que King proféticamente nos ofreció hacia el final de su vida: que solo la justicia social y el progreso son los garantes absolutos de la prevención de la violencia. No hay otra respuesta” (Hinton, 2020).

## BIBLIOGRAFÍA

- Altman, A. (4 de Junio de 2020). Why The Killing of George Floyd Sparked an American Uprising. *TIME*. Obtenido de <https://time.com/5847967/george-floyd-protests-trump/>
- Hinton, E. (29 de Mayo de 2020). The Minneapolis Uprising in Context. *Boston Review*. Obtenido de <http://bostonreview.net/race/elizabeth-hinton-minneapolis-uprising-context>
- Major, D. (8 de mayo de 2020). BLACK UNEMPLOYMENT RATE MORE THAN DOUBLES TO 16.7% IN APRIL. *Black Enterprise*. Obtenido de <https://www.blackenterprise.com/black-unemployment-rate-more-than-doubles-to-16-7-in-april/>
- Martin Luther King, J. (1967). “The Other America” Speech. Obtenido de <https://www.crmvet.org/docs/otheram.htm>
- Miller, B. (24 de Mayo de 2019). The Militarization of America’s Police: A Brief History. *Foundation for Economic Education*. Obtenido de <https://fee.org/articles/the-militarization-of-americas-police-a-brief-history/>
- Millhiser, I. (3 de Junio de 2020). *Why police can violate your constitutional rights and suffer no consequences in court*. Obtenido de Vox: <https://www.vox.com/2020/6/3/21277104/qualified-immunity-cops-constitution-shaniz-west-supreme-court>

National Advisory Commission on Civil Disorders. (1968). *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*. Washington D.C.: US Department of Justice.

Perkins, T. (13 de mayo de 2020). Michigan: rightwing militia groups to protest stay-at-home orders. *The Guardian*. Obtenido de <https://www.theguardian.com/us-news/2020/may/13/michigan-rightwing-militia-groups-stay-at-home-protest>

Sugrue, T. (12 de junio de 2020). 2020 no es 1968: para entender las protestas actuales, hay que retroceder más. *National Geographic*. Obtenido de <https://www.nationalgeographic.es/historia/2020/06/2020-no-es-1968-para-entender-las-protestas-actuales-hay-que-retroceder-mas>

Taylor, K.-Y. (1 de Junio de 2020). A Class Rebellion: Keeanga-Yamahtta Taylor on How Racism & Racial Terrorism Fueled Nationwide Anger. (DemocracyNow, Entrevistador) Obtenido de [https://www.democracynow.org/2020/6/1/keeanga\\_yamahtta\\_taylor\\_protests\\_class\\_rebellion](https://www.democracynow.org/2020/6/1/keeanga_yamahtta_taylor_protests_class_rebellion)

Wingfield, A. H. (14 de Mayo de 2020). The Disproportionate Impact of Covid-19 on Black Health Care Workers in the U.S. *Harvard Business Review*. Obtenido de <https://hbr.org/2020/05/the-disproportionate-impact-of-covid-19-on-black-health-care-workers-in-the-u-s>

# Trump contra la democracia

Jaime Zuluaga Nieto\*

En los años noventa del siglo XX, con el derrumbe de URSS y el fin de la Guerra Fría, las democracias liberales y la economía de mercado quedaron como las formas por excelencia de organización del poder político y de la actividad económica. Los Estados Unidos se reivindicaban como el referente de uno y otra.

Las democracias liberales se fundamentan, desde las revoluciones americana y francesa del siglo XVIII, sobre los principios de libertad e igualdad. Si la democracia es el poder del pueblo, las democracias liberales son aquellas en las que los individuos son libres. Libertad que se convierte en una limitante del ejercicio del poder, como quiera que éste no debe invadir la órbita privada de los individuos, así como éstos no pueden imponer su voluntad individual a la comunidad. De esta recíproca limitación de poder y libertad nace un elemento esencial de las democracias: los pesos y contrapesos entre los poderes. Esto es, el poder no se puede concentrar en una persona ni en una sola de sus instituciones. Desde que asumió la presidencia Trump ha enfrentado los poderes públicos.

\* Docente e Investigador Universidad Externado de Colombia, Profesor Emérito de las Universidades Nacional de Colombia y Externado de Colombia. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

Removió a los fiscales Geoffrey Berman, Jeff Sessions y Robert Mueller para abortar las investigaciones sobre la intervención de Rusia a su favor en las elecciones para la presidencia o las presiones sobre el presidente de Ucrania para que abriera investigaciones sobre el hijo de Joe Biden, su rival Demócratas en la próxima contienda electoral. Igual presión ejerció para incidir en el testimonio de los fiscales ante el Senado en el *Impeachment* que se le adelantó.

## El desencanto con la democracia

Las democracias liberales asocian pueblo, libertad y progreso. (Todorov 2017; 13) El progreso ha acompañado el desarrollo del capitalismo, particularmente en el siglo XX que durante “los años dorados” experimentó un crecimiento extraordinario: se cuadruplicó la producción manufacturera y se multiplicó por diez el comercio mundial de productos elaborados. (Hobsbawm 2007; 264,266) El modelo estadounidense quedó como referente universal y alimentó el “sueño americano”, síntesis de la articulación entre capitalismo, democracia liberal y progreso. En los años noventa con el derrumbe de la URSS la economía de mercado y las democracias liberales se impusieron planetariamente a la sombra de la globalización neoliberal. Fukuyama sentenció el fin de la historia: el futuro ya estaba presente. El alborozo no duró mucho. A tres décadas de este cambio de época podemos decir, parafraseando a Marx, que un fantasma recorre el planeta: el desencanto con la democracia liberal, o la crisis de las democracias. Ya Marx había destacado como uno de los rasgos de la moderna sociedad capitalista, que el desencanto con la vieja sociedad, con su “cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos [se desenvuelve en un movimiento en el que] las nuevas [creencias] se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire...” (Marx 1973; 114) y surgió el desencanto con la democracia. La democracia encierra una promesa de progreso y la constatación de que no se cumplió, como lo revelan la persistencia de la pobreza y la aberrante desigualdad en la concentración de la propiedad y la riqueza, provocó el desencanto con ella.

## La democracia liberal amenazada desde adentro

Defensores de la democracia liberal plantean que hoy está amenazada desde adentro, por quienes se han apoyado en sus reglas de juego para acceder al poder. Levitsky y Ziblatt, afirman, que la democracia está en peligro en los Estados Unidos porque en 2016 “no solamente han elegido un demagogo, sino que lo han hecho en un momento en el que los principios que protegían nuestra democracia están en proceso de desintegración. [...] Las democracias mueren igualmente entre las manos, no de generales, sino de dirigentes elegidos, de presidentes [...] que corrompen incluso el proceso que los ha llevado al poder” (traducción libre del autor) (Levitsky y Ziblatt 2018; 7-17) Construyeron una matriz para identificar las variables que permiten reconocer a los autócratas: a) rechazo de las reglas del juego democrático; b) negar la legitimidad de sus oponentes; c) tolerar o estimular la violencia; d) asumir una posición orientada a limitar las libertades cívicas de los opositores y de los medios de comunicación. Trump encaja en todas las variables. Desde la campaña electoral amenazó con desconocer el resultado de las elecciones presidenciales si éste le era adverso, como seguramente lo hará en noviembre si no resulta reelecto. En la campaña electoral buscó deslegitimar a su rival, la señora Clinton. Incluso llegó a solicitar su detención por el supuesto delito de haber utilizado correos oficiales para fines personales cuando era Secretaria de Estado durante la administración Obama. Mantiene un discurso que incita a la violencia, como lo expresa la frase “después de los saqueos vienen las balas” pronunciada a propósito de las movilizaciones contra la violencia ejercida por la policía contra los afro-descendientes; o la invitación a los profesores a armarse para evitar las masacres en los centros escolares, antes que prohibirla venta de armas a los civiles. Y persigue sistemáticamente los medios de comunicación críticos de su administración, como CNN y Washington Post, atentando contra el pluralismo y la libertad de expresión.

Mounk sostiene, al analizar la crisis de la democracia, que hasta hace poco, la mayoría de los ciudadanos parecían estar comprometidos con ella, a pesar de sus problemas como forma de gobierno, y la percibían como su futuro cierto. Pero hoy están desilusionados con la política,

desconfían de los partidos y de los políticos. “La elección de Donald Trump para la Casa Blanca ha sido la manifestación más llamativa de la crisis de la democracia [...] Y es evidente que la elección de Trump no es un incidente aislado.” (Mounk 2018; 10) En Rusia, Polonia y en Hungría, populistas de derecha, apoyados en ese desencanto, atentan contra ella, al igual que Trump, recurriendo a prácticas propias de las dictaduras.

En los Estados Unidos el Ejército no es movilizado para controlar manifestaciones. Trump amenazó con sacar al ejército a las calles para reprimir las manifestaciones que desde fines de mayo se dieron en decenas de ciudades, en las que participaron centenares de miles de personas, para protestar por la violencia racial y el asesinato, por parte de la Policía, del afroamericano George Floyd. Los gobernadores de los Estados y el Secretario de Defensa, Mark Esper, se pronunciaron en contra de esta decisión presidencial. Este último señaló que la Ley de Insurrección de 1807 no se puede invocar para reprimir las movilizaciones ciudadanas. En el mismo sentido se manifestó el ex Secretario de Defensa hasta el 2019, el general Jim Mattis, quien sostuvo que Trump intentaba utilizar a los militares para violar los derechos constitucionales y que era “el primer presidente en mi vida que no ha tratado de unir a los estadounidenses. Ni siquiera pretende hacerlo. Por el contrario, trata de dividirnos. [...] Podemos unirnos sin él, apelando a las fortalezas que son inherentes en nuestra sociedad civil.” (Gómez 2020)

## Trump y la defensa del capitalismo

Trump ganó las elecciones en medio de la erosión de la hegemonía estadounidense y el ascenso de china como segunda economía mundial; de dificultades económicas asociadas, algunas de ellas, a los efectos de la globalización neoliberal que se tradujeron en la salida de empresas para operar en el exterior, crecimiento del desempleo, caída de los ingresos de los trabajadores y sectores medios de la población, fortalecimiento de la economía digital y de la financiarización; de incremento de los flujos migratorios, en particular de latinoamericanos, y, de división del

*establishment* por lo que significó la elección de un afro-descendiente como presidente en esa sociedad tan racista.

La sociedad estadounidense está radicalmente escindida, entre un bloque de “fuerzas avanzadas del capitalismo transnacional, las redes financieras dominantes de Londres y Wall Street [...] la vanguardia tecnológica de Silicon Valley y un conjunto de actores dominantes del *establishment* entre los que se cuentan poderosos medios de comunicación”, y, las fuerzas neoconservadoras radicales del *establishment* así como las fracciones más atrasadas del capital multinacional, “americanistas”, partidarias del unilateralismo. (Merino, 2018; 34)

Trump triunfó con el apoyo de los neoconservadores radicales y supremacistas blancos movidos por su discurso populista y mesiánico, racista y homofóbico, que prometió el retorno a un pasado de grandeza fundado en la recuperación de la economía nacional, la seguridad y el bienestar. Para ello era necesario asegurar las fronteras, frenar los flujos migratorios y recuperar la fortaleza necesaria para enfrentar a las potencias que llama revisionistas, Rusia y China, y a estados villanos como Irán y Corea del Norte.

Al posesionarse sostuvo que con su llegada a la presidencia se estaba “transfiriendo el poder de Washington D.C. [...] al pueblo [...] Durante demasiado tiempo, un pequeño grupo en la capital de nuestra nación ha cosechado las recompensas del gobierno mientras que la gente ha soportado el costo. [Pero hoy es] el día en que el pueblo volvió a ser quien gobierna esta nación.” Y en un tono que evoca el “destino manifiesto” sentenció: “Juntos, determinaremos el curso de Estados Unidos y del mundo por muchos [...] años por venir.” Con el mismo tono mesiánico anunció que “A partir de este día, *una nueva visión gobernará nuestra tierra*[...] va a ser sólo <Estados Unidos lo primero>” Y propuso una estrategia nacionalista, anti-globalizante según la cual todas las decisiones comerciales, de política exterior, inmigración y tributarias se tomarán en función de los trabajadores y de las familias y de esa manera “*Estados Unidos empezará a ganar otra vez, ganando como nunca antes* [...] Recuperaremos nuestros empleos [...] nuestras fronteras. Retornaremos

nuestra riqueza. *Y traeremos de vuelta nuestros sueños.*” (White House, 2017, énfasis propio)

Su política choca con la institucionalidad de la democracia liberal pero no con la defensa del capital. Asume una posición radical a favor de la libre empresa, del gran capital nacional, y de un Estado comprometido con la protección de los contratos privados y la creación de condiciones favorables para el desarrollo de mercados competitivos, al tiempo que, con mano de hierro, se ocupa de preservar la ley y el orden de los enemigos internos y externos. Considera que el globalismo debilitó la economía nacional, de allí la necesidad de protegerla de la competencia de las potencias emergentes. Es tributario de una cultura conservadora tradicional, fuertemente permeada por la religión y el nacionalismo, que se siente amenazada por los flujos migratorios que erosionan sus valores, generan inseguridad, fomentan el crimen y el consumo de drogas.

Trump no solamente amenaza la institucionalidad democrática liberal estadounidense, amenaza la paz del planeta con su mesianismo por hacer de su América, grande nuevo. No hay que olvidar que los Estados Unidos, prevalidos de su “destino manifiesto” y en defensa de sus intereses han desplegado guerras, derrocado gobiernos e instaurado sangrientas dictaduras. (Zuluaga 2008)

## BIBLIOGRAFÍA

- Gómez, Sergio 2020 “Jefe del Pentágono rechaza frenar protestas en EE. UU. con militares” publicado en el diario El Tiempo, junio 4, Bogotá, recuperado en <https://www.eltiempo.com/mundo/eeuu-y-canada/secretario-de-defensa-de-ee-uu-se-opone-al-despliegue-de-militares-502700>
- Hobsbawm, Eric 2007 Historia del siglo XX (Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta)
- Lefort, Claude 2004 La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político (Barcelona, Anthropos)
- Levitsky y Ziblatt 2019 La mort des démocraties (France, PenguinRandom House)

- Marx, Carlos 1973 *El Manifiesto Comunista*, Obras Escogidas vol. 1 (Moscú, Editorial Progreso)
- Mounk, Yascha 2018 *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla* (Colombia, Editorial Planeta)
- Todorov, Tzvetan 2017 *Los enemigos íntimos de la democracia* (Barcelona, Galaxia-Gutenberg).
- White House, 2017 *Discurso de posesión de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos*, 20 de enero de 2017, disponible en <https://pe.usembassy.gov/es/lea-el-discurso-completo-de-la-toma-de-posesion-del-presidente-trump/>, consultado en mayo 2 de 2018.
- Zuluaga, Jaime 2008 “La libertad y la democracia como instrumentos de dominación” en Ceceña, Ana E. (coord.) *De los saberes de la emancipación y la dominación* (Buenos Aires, CLACSO)
- Zuluaga, Jaime 2018 “¡Adiós a la diplomacia, bienvenida AmericaFirst!, La administración de Trump frente a América Latina y Colombia” en Castorena, Casandra, Gandásegui, Marco & Morgenfeld, Leandro (coord.) *Estados Unidos contra el mundo. Trump y la nueva geopolítica* (Buenos Aires, CLACSO – Siglo XXI Editores).

# Estados Unidos 2020

## Ideología y política entre crisis y elecciones

Jorge Hernández Martínez\*

Entre los procesos que tienen lugar en la sociedad norteamericana, las crisis económicas y las elecciones presidenciales son de los que suscitan mayor atención por parte de las ciencias sociales, los medios de comunicación y la opinión pública. Ambos movilizan actitudes y conductas políticas, impactan la conciencia colectiva y tienen consecuencias que trascienden las circunstancias en que se llevan a cabo. Las crisis, por lo general, son predecibles y aparecen de modo cíclico. Su periodicidad es irregular y son resultado del dinamismo intrínseco al sistema capitalista, en cuyo marco ocurre una interacción recurrente entre coyunturas internas e internacionales, con mayor o menor variación y permanencia. Pueden pronosticarse hasta cierto punto y controlarse mediante la aplicación de determinadas políticas gubernamentales, dentro de contextos histórico-concretos. Su carácter objetivo establece una pauta en

\* Sociólogo y politólogo cubano. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) de la Universidad de La Habana. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”.

su desenvolvimiento, a través de una secuencia que incluye la depresión y la recuperación. Las elecciones están sujetas, en cambio, a la regularidad que establece la Constitución para el funcionamiento del sistema político y transitan por una serie de etapas según un esquema invariable de competencia bipartidista, que comprende las primarias, las convenciones nacionales y los comicios finales. Su resultado está condicionado por la confluencia de factores diversos, de naturaleza objetiva y subjetiva, entre los cuales las crisis y las alternativas que ante ello ofrezcan los candidatos a la presidencia son decisivos. Y no lo son menos las imágenes que de ello difunden los medios de comunicación tradicionales, las nuevas tecnologías y las redes sociales, como elementos también determinantes de las preferencias y los votos.

## Crisis y elecciones en clave político-ideológica

Con una dinámica esencialmente económica, las crisis son fenómenos multidimensionales, que repercuten en el tejido social en su conjunto, aún y cuando ello no se manifieste siempre con inmediatez ni con efectos visibles en el corto y mediano plazos. En ocasiones, sus alcances se manifiestan de manera diferida, apreciándose una o dos décadas más tarde, en ámbitos como los de la política, la ideología y la cultura. Desde esta perspectiva, podrían recordarse dos situaciones relevantes en la historia de Estados Unidos, que ilustran lo planteado.

El primer caso es el del legado de los gobiernos de Roosevelt en el decenio de 1930, cuyo programa orientado a la superación de la Gran Depresión, conocido como *New Deal*, se articulaba en torno a las propuestas keynesianas con bases de sustentación en una coalición de fuerzas integrada por la diversas y activa sociedad civil –integrada por el movimiento obrero, negro, femenino, juvenil, la intelectualidad liberal, sectores del partido demócrata y de los inmigrantes, sobre todo latinoamericanos–, la cual adquirió renovada expresión en los años de 1960, durante las conmociones que alcanzaron las luchas por la igualdad de derechos civiles y el auge de las ideas del Estado de Bienestar. El dinamismo de sus

propuestas ideológicas se reflejó en un activo accionar contestario que se plasmó en el conocido fenómeno de la contracultura.

El segundo tiene que ver con la secuela del movimiento conservador que reaccionó a finales de la década de 1970 contra las diversas crisis de ese período –la profunda recesión económica, el escándalo Watergate, el síndrome de Vietnam, sumado a los reveses internacionales que propiciaron la crisis de hegemonía–, y respaldó ideológicamente a la Revolución Conservadora impulsada por las Administraciones de Reagan, que desde el siguiente decenio permaneció en la cultura cívica, más allá de etapas en las que estuvo sumergido o latente, hasta su visible reaparición vigorosa veinte y cuarenta años después, respectivamente, con los gobiernos de W. Bush y de Trump, reafirmando su presencia con nuevos matices y bajo otras condiciones histórico-políticas. En ambas ejemplificaciones quedó claro que las crisis provocaban efectos multiplicadores que desbordaban la dimensión económica, con implicaciones sociopolíticas y culturales, imbricándose directamente con las campañas electorales y con los resultados de las contiendas presidenciales, toda vez que conllevaban cuestionamientos a los gobiernos de turno, en la medida en que la población identificaba los males del momento con sus desempeños y depositaba expectativas de cambio en las promesas de la oposición.

Junto a los efectos de las crisis en el campo socioeconómico –como los relativos al desempleo, descenso de los ingresos, inflación, encarecimiento de los servicios públicos–, otros factores, como la imagen de liderazgo o carisma de los contrincantes, los recursos materiales que les respaldaban y la efectividad de la propaganda, gravitan regularmente sobre los procesos electorales. En las descripciones y predicciones derivadas tanto de las constantes encuestas especializadas en el monitoreo de la opinión pública como del análisis que ofrecen los medios de prensa, instituciones políticas y académicas, la visión sobre la crisis y las elecciones en Estados Unidos se nutre de referencias a tales factores, y se construye acudiendo a numerosos datos, cuya profusión estadística y anecdótica hacen posible un seguimiento detallado de gran utilidad para calibrar constataciones y pronósticos. Sin embargo, con frecuencia sucede que la atención desmesurada sobre cifras y acontecimientos

conduce a interpretaciones basadas en una lógica lineal, que reducen el escrutinio analítico a una sumatoria mecánica o serialización episódica de datos que termina por ser abrumadora, con un valor relativo. Este enfoque produce a menudo razonamientos circulares y reducciones cognitivas, que abarcan la caracterización de la macroeconomía, las biografías de los candidatos, los altibajos de sus niveles de popularidad, el derrotero de las primarias y de la campaña en su conjunto, incluidas, las nominaciones de los candidatos oficiales en las convenciones nacionales partidistas y los ulteriores debates televisivos entre ellos. Aunque el análisis de la información sobre tales hechos es un eslabón necesario en la cadena epistemológica que lleva al conocimiento científico de la política norteamericana, no resulta suficiente para interpretar el proceso real, más amplio, profundo y complejo. Es la materia prima de un examen que requiere, además, ponderar con creatividad los hechos registrados y les inserte en un cuadro teórico interpretativo. De lo contrario, la sumatoria de datos puede propiciar visiones parciales o hasta engañosas.

Así, es común, por ejemplo, cierta pauta analítica, que concede gran confiabilidad a las mediciones aportadas por las encuestas, ponía atención en los contenidos de las agendas partidistas y personalizaba los análisis, focalizando las condiciones individuales de cada figura. Y desde luego que no existen recetas para abordar los procesos electorales, mucho menos cuando coinciden con situaciones de crisis, en las que se hace aún más difícil la apreciación del mundo subjetivo. Si en condiciones de normalidad resulta un ejercicio intelectual complejo evaluar el alcance del resentimiento, el enojo, la insatisfacción de los votantes, el apego de las élites de poder, de las clases dominantes, o discernir entre la preferencia por las opciones que ofrece uno u otro partido, uno u otro candidato a la presidencia, o determinar la prioridad de los problemas objetivos que prioriza el sistema, lo es muchísimo más en circunstancias de crisis. Pero en cualquier caso, no se puede perder de vista que el dato empírico requiere de acompañamiento teórico y de ubicación histórico-social concreta.

## Los procesos electorales, la crisis y Trump

El siglo XX concluyó con un cuadro en Estados Unidos que si bien no estaba signado por las sombras de una crisis económica, en el campo político-ideológico imperaban indefiniciones y contradicciones que aflo- raron con fuerza en el contexto de las elecciones presidenciales de 2000, en las que la competencia entre W. Bush y Gore fue muy reñida. Desde entonces, eran palpables las divisiones en la sociedad norteamericana, las cuales permanecerían más allá de la coyuntural unidad interna que provocaron los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en un ambiente e temores, incertidumbres y recreación de un consenso estruc- turado alrededor de la lucha contra el terrorismo y la defensa de la segu- ridad nacional, que se tornó en una noción más ligada a la vida cotidiana de la población, en la medida en que implicaba también la seguridad familiar y personal.

Circunstancias como esas serían, hasta cierto punto, las que rodearon a los procesos electorales de 2008, 2012 y 2016, con características dife- renciables en uno y otro caso. En 2008, la crisis inmobiliaria y financiera se proyectó sobre la sociedad con profundas implicaciones, lo cual per- duró por un tiempo y se amalgamó con la crisis ideológica que reflejaba la necesidad de cambios, ante el rechazo al conservadurismo reinante, augurando una nueva oportunidad a las ideas liberales, las cuales no lle- garon a cristalizar en términos convencionales. Empero, Obama concibió su campaña a partir del cambio, utilizando esta palabra como símbolo: *Change*. En 2012, fue obvia la frustración que motivó la falta de corres- pondencia entre las promesas y su real desempeño en el primer manda- to, junto a las filtraciones de miles de documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*. Ya quedaba claro que su proyecto no signi- ficaba un retorno a la tradición liberal, pero a pesar de todo, mantuvo su capital político, enfrentando la embestida nativista y populista de la de- recha, al punto que tuvo que mostrar su certificación de nacimiento. En los comicios de 2012, parecía quedar atrás la crisis económica en Estados Unidos y se reavivaba una crisis ideológica y política, de desilusión ante los partidos y los políticos tradicionales. En ese marco, Obama llama en su nueva campaña a seguir adelante: *Go forward*.

La crisis de credibilidad y confianza extendida en la sociedad norteamericana se haría más intensa, propiciando las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008 y de su reelección en 2012, en 2016 se asistió a la no menos inusitada nominación de una figura femenina como candidata, junto a la de un hombre conocido en los medios televisivos del *reality show* y multimillonario, cuya proyección inusual, escandalosa e irreverente, le hacían ver como no presidenciable. Ese resquebrajamiento se apreció además en situaciones internas de los dos partidos. En el Demócrata, fue sorprendente el ascenso de Bernie Sanders como precandidato, con una imagen de radicalismo socialista, de izquierda, en el sentido socialdemócrata, que desbordaba las acostumbradas posturas liberales de ese partido, que prevalecieron en su cuestionamiento y suscribieron la nominación de Hilary Clinton. En el Republicano, a pesar de la pretensión por parte de los conservadores tradicionalistas y de los neoconservadores por salvar la imagen y la coherencia de su partido, que rechazaban la figura de Trump, terminó por imponerse su candidatura dadas las divisiones existentes, en virtud de lo cual los grupos simpatizantes con el *Tea Party*, los cristianos evangélicos y los libertarios vieron con buenos ojos esa alternativa.

Trump ha sido, por consiguiente, resultado y expresión de una crisis política e ideológica, en un contexto de elecciones, con antecedentes en los decenios de 1960 y 1970, cuando surge lo que se conocería como la nueva derecha –que en rigor no era nueva, aunque sí poseía un sobresaliente extremismo de derecha radical–, cuyas secuelas populistas, nativistas y racistas se han extendido hasta el presente. Su retórica ha dividido a los electores entre los que creen, de un lado, que su desempeño protege la pureza étnica, la identidad cultural y la condición de Estados Unidos como la pretendida nación imprescindible, y los que consideran, de otro, que ha destrozado la imagen universalizada del país que ha simbolizado el paradigma de la democracia y la libertad: la tierra prometida, el sueño americano. De alguna manera, se vigoriza el contrapunto que se había manifestado entre el proyecto de reformas de Obama y la reacción de la extrema derecha, conservadora, entre el mencionado *Tea Party* y *Occupy*

*Wall Street*. En esa conflictividad, Trump enfrenta no solo a demócratas y republicanos, sino que fragmenta internamente a estos últimos.

Los resultados de las elecciones de medio término, en 2018, modificaron la correlación de fuerzas en el Congreso, al obtener los Demócratas el control de la Cámara de Representantes, aunque en el Senado se mantuvo, e incluso, se incrementó, el predominio Republicano. Con ello se siguieron manifestando las contradicciones dentro de la rama legislativa, y entre ésta y la ejecutiva, en la medida en que las iniciativas presidenciales se enfrentan a tropiezos en la Cámara Baja y a las condiciones que propiciaron la marcha del frustrado juicio político. En esencia, el saldo de dichos resultados tuvo un significado relativo. La victoria demócrata, por ejemplo, fue importante, al ganar en estados de gran relevancia, como Michigan y Wisconsin. Pero fue acompañada por un escaso respaldo en estados clave para la elección presidencial, como Ohio y Texas, y en los estados sureños, al perder a Florida y Georgia. A la vez, se confirmó que en las zonas rurales, Trump contaba con apreciable apoyo, y que de alguna manera, persistía la división geográfica de las tendencias partidistas registrada en 2016.

## Las elecciones de 2020 y la crisis: ¿Cuál crisis?

En pleno despliegue de la contienda presidencial de 2020 en Estados Unidos, bajo el impacto de la crisis provocada por la pandemia del nuevo Coronavirus, que ha contribuido a profundizar buena parte de los problemas acumulados durante el desempeño de Trump, la situación política y la economía en ese país adquieren creciente complejidad en la primera mitad del año. Enfrascado en conflictos diversos, prácticamente desde que toma posesión --muy notorios en casos como los que sostuvo con la prensa y la comunidad de inteligencia, entre recurrentes nombramientos y destituciones de funcionarios, y resuelto a desmontar el legado de Obama--, el presidente actual promueve en el plano interno y externo un nuevo clima de Guerra Fría, navegando entre críticas y adhesiones, con denodada prepotencia. Fue absuelto del juicio político al que se le sometió, coincidentemente con el desarrollo de las primarias demócratas, en

cuyo marco se registraba primero la popularidad de Sanders como precandidato, y luego ganaba espacios de modo vertiginoso la figura de Joe Biden, fortalecida durante el transcurso de la pandemia.

Los republicanos han permanecido divididos entre los que toleran o aceptan de manera parcial o con reservas el liderazgo de Trump, y los que le refutan, acercándose incluso a posiciones del partido rival. No cuentan en verdad con un consenso o una agenda compartida, aunque de cara a los comicios se proyecten con cierta coherencia, en función del interés en lograr la permanencia de su partido en la Casa Blanca, lo cual pasa por la necesaria reelección de su candidato, que es Trump.

Como los temas principales se dibujan más en el ámbito de la situación doméstica que en el de la proyección exterior del país, y entre los asuntos internos sobresalen las implicaciones de la COVID-19 y las cuestiones económicas, las opciones de Trump para lograr su reelección dependerán de la profundidad de la crisis provocada por la pandemia, del comportamiento de la economía y de su manejo adecuado de ambas cosas en el tiempo que resta y de la permanencia del asunto, en términos favorables, en el imaginario de la población y sobre todo, de aquellos sectores que se sintieron reconocidos con sus promesas discursivas en 2016, y que se hayan beneficiado con el desempeño real de su gestión de gobierno. En ello será decisivo la consistencia y lealtad de las bases electorales que le respaldaron en aquellos comicios, configurada por posturas ideológicas nativistas, racistas, populistas, junto a críticas a la globalización y a las políticas de Obama, a las que las consignas *America First* y *Make America Great Again* han movilizado, con capacidad de convocatoria nacional.

Los demócratas han aprovechado la oportunidad brindada por la pandemia y el errático manejo del presidente para promoverse, aunque en rigor, no disponían de un proyecto realmente alternativo. Su programa se ha definido más bien a la defensiva, con enunciados concebidos frente a la agenda republicana, con la intención de ganar las elecciones, pero carentes de una mirada trascendente, de largo plazo, de recuperación nacional. Su bajo nivel de iniciativa, hasta la reciente crisis, catalizada por la pandemia, no ha satisfecho a plenitud las expectativas de los que

ansiaban un cambio verdadero, en condiciones tan difíciles como las que vive hoy el país, que se ha visto sacudido por la expansión de la COVID-19, entre conmociones y estragos en esferas sensibles, como la de la economía y la salud pública, con altísimos costos materiales y humanos. Con todo, la evolución de la coyuntura ha beneficiado la figura de Biden, que se ha situado como una alternativa electoral cada vez más viable, desde el abandono por parte de Sanders de sus aspiraciones a la presidencia, y ya se ha convertido en el candidato oficial demócrata, anticipándose a la Convención Nacional del partido.

Estados Unidos se encuentra en un proceso de cambio multidimensional, con expresiones en la economía, la política, la sociedad y la cultura, y constituye una nueva etapa en la crisis estructural sistémica, en la que confluye la crisis sanitaria vinculada a la COVID-19 y la concomitante recesión económica, prefigurada desde hace un tiempo, pero ya definida. Esta última es resultado de fenómenos acumulados durante años y del efecto catalizador de la pandemia, dentro de los marcos del funcionamiento del capitalismo contemporáneo, que una vez más muestra el carácter cíclico de su crisis, que es también de legitimidad. Podría decirse que Estados Unidos existe en el espacio, el tiempo y las crisis.

La actual coyuntura electoral tiene lugar, justamente, en medio de una crisis, que se esbozaba o insinuaba en diferentes planos con independencia y anterioridad a la pandemia del Coronavirus, pero que es profundizada por ésta, alcanzando ya una dimensión recesiva. El derrotero de la sociedad norteamericana ha estado y estará condicionado de manera decisiva por los efectos de tales procesos y por las implicaciones del manejo gubernamental impuesto por Trump, que conlleva agrietamientos en su popularidad, aunque no que se pueda descartar su eventual reelección.

En resumen, no resulta claro si los resultados de los comicios de noviembre de 2020 posibilitarán la esperada redefinición del proyecto de nación, y se configurará un período que recomponga equilibrios y consensos en el país, redefiniendo, entre otras cosas, las relaciones entre Estado y mercado, entre capital y trabajo. La envergadura de los problemas en curso no augura precisamente un escenario de este tipo, sino

una persistencia de las secuelas de varias crisis, contenidas unas dentro de otras: la crisis política y cultural, como trasfondo prolongado, junto a la económica estructural, agravada coyunturalmente por la crisis epidemiológica y sanitaria vinculada a la pandemia de la COVID-19, con alcances difusos, a lo que se suman estremecimientos sociales de grandes proporciones, asociados a reacciones masivas de protesta contra hechos recientes de violencia policial y racismo, cuya magnitud y permanencia pueden extenderse y agravar el contexto de crisis descrito, signado también por elecciones. Pero no se pierda de vista que en Estados Unidos, los procesos electorales no están concebidos ni diseñados para cambiar el sistema, sino para mantenerlo, consolidarlos y reproducirlo.

# El ocaso de Trump

Leandro Morgenfeld\*

Desde que ganó las elecciones, en noviembre de 2016, Donald Trump radicalizó su atípico liderazgo, consolidando su núcleo duro de apoyo, pero a la vez generando amplio rechazo externo y una variada resistencia popular interna (mujeres, migrantes, trabajadores, afroamericanos, estudiantes, ambientalistas, científicos, pueblos originarios). Si hace tan solo cuatro meses exhibía sus supuestos éxitos económicos y se vanagloriaba de avanzar hacia una casi segura reelección (cuando el establishment del Partido Demócrata logró imponer al poco carismático Joe Biden en las primarias), hoy enfrenta una crisis sistémica –sanitaria, económica, social y política-, que amenaza seriamente no sólo sus chances electorales, sino la posición hegemónica que Estados Unidos ostenta desde la posguerra. En el siguiente artículo haremos un repaso de los distintos desafíos que enfrenta el actual inquilino de la Casa Blanca de cara a la contienda del 3 de noviembre.

Estados Unidos es el epicentro de la crisis sanitaria, secundado por Brasil y el Reino Unido. Trump, junto a sus aliados Jair Bolsonaro y Boris

\* Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Investigador Adjunto del CONICET. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

Johnson, fueron los abanderados del “negacionismo” de la gravedad del coronavirus. La prioridad eran los negocios, por encima de las vidas. No casualmente esos tres países encabezan hoy el número de muertos por la pandemia. En el caso de Estados Unidos, con más de 125.000 fallecidos y dos millones y medio de infectados confirmados, aunque los especialistas estiman que los contagiados serían más de 20 millones. La reacción tardía, el hostigamiento a los gobernadores demócratas que dispusieron aislamientos sociales y el aliento a la militancia anti-cuarentena, sumados a un sistema de salud que deja afuera a millones de ciudadanos y a las crecientes desigualdades sociales, produjeron una catástrofe sanitaria cuya profundidad es en parte responsabilidad de Trump. El mandatario ordenó a fines de mayo la salida de la Organización Mundial de la Salud (OMS), acusándola de “pro-china”, desfinanciando a esta institución multilateral clave para la lucha coordinada contra el coronavirus. Justamente la OMS advierte por estos días sobre el peligro de un rebrote en distintas ciudades y estados norteamericanos, producto de la presión por avanzar a rápidos desconfinamientos, antes de que la situación sanitaria estuviera controlada. El temor es que ocurra una segunda ola. El 26 de junio Ranieri Guerra, subdirector de la OMS para Iniciativas Estratégicas, advirtió: “La comparación es con la gripe española, que se comportó exactamente como el Covid-19: disminuyó en el verano y se reanudó ferocemente en septiembre y octubre, provocando 50 millones de muertes durante la segunda ola”.

A esta situación sanitaria crítica se agrega el desplome económico. En el primer trimestre la actividad se redujo un 4,8 por ciento, la mayor caída desde 2008. Entre marzo y mayo, hubo 41 millones de solicitudes de seguros de desempleo, cifra récord que sólo puede compararse con los guarismos de la Gran Depresión de los años treinta. La desocupación saltó del 3,5 en febrero al 13,3% en mayo. Casi 21 millones de personas figuran como desempleadas. Pero, si se suman las personas que el gobierno señaló que habían sido clasificadas erróneamente como empleadas y las que perdieron empleos, pero no buscaron nuevos trabajos, serían 32,5 millones las personas desempleadas. Según las previsiones del FMI de mayo, siempre optimistas, el PBI en Estados Unidos caería el 5,9 por ciento este año. El 24 de junio, sin embargo, modificó estos pronósticos,

anticipando que la caída llegaría al 8 por ciento, la más alta desde la Segunda Guerra Mundial (el peor año, en 2009, la caída de la actividad económica en Estados Unidos fue inferior al 2 %). Hasta ahora ningún presidente logró reelegirse en un contexto económico tan adverso, y esa parece ser la obsesión del presidente estadounidense, dispuesto a sacrificar vidas para apurar el acelerado rebote económico, cada vez más improbable. El índice de confianza del consumidor muestra una pronunciada caída desde hace cuatro meses, aunque esto no se refleja en el precio de las acciones, que se recuperaron luego del desplome de marzo. Sin embargo, esta recuperación en el precio de los activos financiero se debió al anuncio Estados Unidos y la Unión Europea de una inyección de liquidez récord. Así, la Reserva Federal otorgó 2,3 billones de dólares de facilidades crediticias. Los bancos centrales de las 10 mayores economías del mundo expandieron la masa monetaria por la exorbitante cifra de 6 billones de dólares entre enero y mayo. En solo cinco meses, se inyectó más del doble de dinero que en 2008-2009. La última semana del junio, el FMI advirtió que esta desconexión entre la economía “real” (récord de caída de la actividad, el empleo y empresas en default) y la financiera abría la posibilidad de un crack bursátil de enormes dimensiones.

Si la catástrofe sanitaria y el desastre económico ya de por sí complicaban las chances electorales de Trump, el 25 de mayo se produjo el brutal asesinato del afroamericano George Floyd en Minneapolis, desatando una rebelión social comparable a la de los años sesenta. Una de las novedades de las masivas movilizaciones impulsadas, entre otros, por el cada vez más popular movimiento *Black Lives Matter*, es que no solo participan los afroamericanos, sino también infinidad de jóvenes blancos e hispanos. Además, hubo manifestaciones de apoyo en las capitales de muchos países europeos y una reacción masiva a nivel global. La inicial medida de Trump duró poco. El lunes 1 de junio, desde los jardines de una Casa Blanca asediada por las protestas, como cientos de ciudades en todo el país, el Presidente amenazó a los gobernadores que se negaban a convocar a la Guardia Nacional con aplicar una ley de insurrección de 1807 para enviar el ejército a reprimir a sus estados. Con la Biblia en la mano, e intentando emular a Richard Nixon, arremetió con un discurso de “ley y orden”. Acusó de terroristas a la infinidad de movimientos que

se reivindican como antifascistas y pidió a los gobernadores que recuperaran el dominio del espacio público a fuerza de balas. Las protestas, lejos de desvanecerse con el paso de los días, se multiplicaron. En la madrugada del 13 de junio se consumó otro crimen racial, en Atlanta, que fue sede de enormes protestas, lo cual llevó a la renuncia del jefe de la policía. Hoy ya no sólo se discuten necesarias reformas en las fuerzas de seguridad, sino que crecen los reclamos para reducirle presupuesto a las policías y dedicarlos a programas sociales de salud, educación y vivienda. Aparece, también, la propuesta de abolir directamente esos corruptos cuerpos de seguridad, cuyos integrantes se ensañan, sistemáticamente, con los pobres, afroamericanos e hispanos. La deriva contra la violencia policial, encarnada en las demandas *Reform, Defund, Abolish*, indica el grado de inusual radicalización que está adquiriendo el movimiento social en Estados Unidos.

La brutal reacción militarista de Trump generó incluso una grieta en su propio partido, provocando una crisis política que se suma a la sanitaria, la económica y la social. El 3 de junio, Mark Esper, su por ahora Secretario de Defensa, salió públicamente a rechazar la idea de Trump de sacar las tropas a la calle para reprimir al pueblo. A él se sumó nada menos que James Mattis, el jefe del Pentágono en 2017 y 2018, quien afirmó que Trump era divisivo y un peligro para la Constitución estadounidense y que había que apoyar a los manifestantes. También plantearon sus voces críticas otros militares como el general John F. Kelly, ex Jefe de Gabinete de Trump, y John Allen, ex comandante de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, quien declaró: “Trump fracasó en proyectar emoción o el liderazgo que se necesita desesperadamente en cada rincón del país en este difícil momento”. Pocos días después, el General retirado Colin Powell, ex Secretario de Estado de Bush (2001-2005), fue todavía más lejos y declaró que votaría por Joe Biden en las elecciones del 3 de noviembre.

El martes 24 de junio se publicó el tan esperado libro de John Bolton “La habitación donde sucedió: Una memoria de la Casa Blanca”, en el que el ex Consejero de Seguridad Nacional de Donald Trump revela, entre otras cuestiones, las estrategias del gobierno estadounidense para derrocar a

Nicolás Maduro. El texto da a conocer, por ejemplo, las intervenciones de Colombia como principal aliado de Washington, y el rol de la oposición venezolana con la autoproclamación de Juan Guaidó. Esto abrió otro frente de conflicto para Trump. Bolton es un halcón histórico de los sectores más conservadores y más agresivos de la clase dominante norteamericana. Fue el Consejero de Seguridad Nacional hasta septiembre de 2019 y era parte de la coalición que apoya a Trump, pero del sector de la línea militarista que está en tensión con él. De hecho, cuando lo despidió, hace casi 10 meses, Trump lo acusó de haber querido involucrarlo en varias guerras (“cuatro a la vez”), asegurando que él no quería. Además de su oposición a cualquier acuerdo con Irán y Afganistán, en el caso de América Latina, Bolton fue el artífice de la política de apoyo al autoproclamado Juan Guaidó y toda la política de desestabilización que tenía como objetivo derribar al gobierno constitucional encabezado por Maduro. Este plan tuvo diversas etapas, desde el reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos al nuevo “presidente encargado”, en enero de 2019, y la presión a otros países para que adoptaran esta irresponsable acción diplomática, pasando por la caravana con “ayuda humanitaria” de febrero y luego el intento de golpe de Estado más fuerte del 30 de abril de ese mismo año, sólo por destacar algunas de las acciones más espectaculares. Fracasados estos intentos, Estados Unidos sigue con la estrategia de voltear a Maduro, pero ya sin Bolton. La publicación de este libro sincera, en parte, la estrategia imperial en Venezuela y muestra cómo los distintos sectores de la Administración Trump urdieron el plan para poder consumar el golpe de Estado contra el gobierno soberano en Venezuela. Revela, por ejemplo, cómo durante las discusiones en torno a las alternativas para desplazar al gobierno bolivariano, Trump planteó una salida militar. Suponía que una invasión a Venezuela iba a tener una rápida resolución. Bolton, en contraste, pretende mostrarse como el estratega de una acción mucho más inteligente, es decir, no ir hacia un desembarco directo de marines norteamericanos, sino a una acción más solapada, que pudiera contar además con el apoyo con distintos gobiernos de la región. Bolton planteaba que había que tener una estrategia, según su punto de vista, más inteligente de apoyarse en sectores disidentes de las fuerzas armadas venezolanas, en la oposición, en profundizar

las sanciones económicas y en hacer llegar “ayuda humanitaria”, pero sin desembocar en una acción militar directa. Lo paradójico es que ambos, Trump y Bolton, se acusan de querer llevar a Estados Unidos a la guerra, a invadir otro país.

Ante estas revelaciones, la reacción de Trump del domingo 21 de junio fue sorprendente. Ese día planteó, en una entrevista, que estaría dispuesto a tener una reunión con Maduro, lo cual generó un mini terremoto político. Por un lado, está reconociendo el fracaso evidente de la estrategia de voltear al gobierno venezolano -ya que pasó un año y medio de la auto-proclamación de Guaidó, sin que pudiera ejercer el poder en Venezuela-. Por otro lado, Trump intenta mostrar que tiene una iniciativa y así quitarle peso a la afirmación de Bolton de que el presidente había propuesto una imprudente intervención militar directa. De todas formas, el lunes 22 de junio Trump tuvo que matizar su afirmación del día anterior, señalando que, en realidad, lo único para lo cual se reuniría con Maduro sería para discutir su salida pacífica del poder. Claro que esta última afirmación busca no perder el apoyo electoral de la comunidad venezolana en Florida (claramente anti bolivariana), fundamental para sus aspiraciones reeleccionistas. La agresión contra los hispanos y la estigmatización de los mexicanos puede tener una traducción electoral mayor a la de 2016, sobre todo en estados oscilantes. Lo que sí es clave, desde el punto de vista electoral para Trump, es el apoyo que tiene de las comunidades de exiliados venezolanos y cubanos en Florida. Por eso estas idas y vueltas, estas contradicciones en relación a la política hacia Venezuela pueden enajenarle ese apoyo en un estado clave como Florida, que es el *swing state* que puede definir el rumbo de las elecciones y que en 2016 lo ganó por poco más que el 1%. Las últimas encuestas indican que ahora podría estar entre 5 y 6 puntos abajo de Biden. Pero, sin dudas y más allá de las especulaciones electorales, la entrevista del domingo 21 de junio muestra las propias dudas que tenía Trump respecto al plan de Bolton de abrazarse a Guaidó e impulsar su reconocimiento internacional sin ninguna chance de que ejerciera el poder en Venezuela.

Hoy las encuestas muestran que Trump está en promedio 10 puntos debajo de Biden y perdiendo en algunos estados estratégicos, como Wisconsin,

Michigan, Florida, Pensilvania y Arizona. El 24 de junio se conoció el último sondeo de *The New York Times*, que estiró esa diferencia a 14 puntos: 50 a 36%. Después del traspie por las protestas anti-racistas, las malas noticias económicas y sanitarias y la pelea con dirigentes de su propio partido y reconocidos generales de las fuerzas armadas, Trump aspiraba a retomar la iniciativa política volviendo a participar en actos de campaña con su siempre entusiasta base de apoyo. Pese a las recomendaciones sanitarias, convocó a un masivo acto en Tulsa, Oklahoma, el 20 de junio. Si bien se había inscripto más de un millón de personas para participar, lo cual hizo entusiasmarse a los jefes de campaña del republicano, terminó siendo un gran fiasco. Apenas hubo más de 6000 asistentes, en un estadio con capacidad para 19.000. Obviamente no pudo usar el escenario montado afuera del estadio para saludar a la esperada multitud, sino que incluso sectores importantes de las gradas lucían semi-vacíos. Horas después, para frustración de Trump, se conoció que cientos de miles de *Tiktokers* y *K-popers* se habían puesto de acuerdo para reservar tickets que no usarían, como acto de protesta contra Trump. Aunque todavía falta mucho para las elecciones, y la experiencia de 2016 indica que no hay que confiar demasiado en las encuestas, claramente cambió el panorama político en Estados Unidos. Hoy, por primera vez, Trump parece correr con desventaja. El mal manejo de la respuesta sanitaria a la pandemia, los estragos que está causando la crisis económica, el malestar y las protestas sociales, agravadas por su virulento llamado a la represión, y las tensiones políticas incluso con sus aliados republicanos están mostrando un inesperado ocaso de la estrella trumpista.

Faltan cuatro meses para las elecciones, en un contexto de enorme incertidumbre global, por lo cual cualquier pronóstico debe ser cauto. Sí hay algunas certezas. La cuádruple crisis que estalló en los últimos meses en Estados Unidos modificó abruptamente el panorama político-electoral. Si en febrero parecía que Trump se encaminaba a una segura reelección, hoy el día ese parece el escenario más improbable. El liderazgo global de ese país, pese a la promesa de Trump de hacer grande a Estados Unidos nuevamente -*Make America Great Again*-, está más cuestionado que nunca. El abandono de las instancias multilaterales (Trump retiró a Estados Unidos de la OMS, acusándola de “pro-China”), su pésima gestión

sanitaria de la pandemia, su carencia de iniciativas en pos de una coordinación global frente al desplome económico mundial y ahora su represiva reacción frente a las movilizaciones anti-racistas, profundizan la declinación hegemónica de Estados Unidos. Su promesa de 2016 de recuperar la primacía estadounidense parece hoy más bien el canto del cisne. Es probable que el 2020 marque un mojón en la mutación geopolítica que venimos advirtiendo hace algunos años en las distintas publicaciones de nuestro Grupo de Trabajo “Estudios sobre Estados Unidos”. Trump, tal vez, sea la mejor metáfora de la decadencia del imperio americano.

# Aventuras externas frente al diluvio interno<sup>1</sup>

Claudio Katz\*

Con el desgastado disfraz de la “lucha contra el narcotráfico” un nuevo contingente de tropas estadounidenses desembarca en Colombia. Ese maquillaje ya no engaña a nadie. La Brigada de Asistencia de Fuerzas de Seguridad (SFAB) llega al país para afianzar su control territorial, con la mira puesta en la agresión a Venezuela.

Los nuevos efectivos redoblarán la supervisión de las provocaciones contra el gobierno bolivariano. Washington combina la presencia de tropas regulares con incursiones de puro bandolerismo. Recientemente fueron capturados varios integrantes de fuerzas especiales yanquis, que

<sup>1</sup> La versión completa de este artículo integra la selección de textos del libro: *La geopolítica del desespero. El reciente intervencionismo estadounidense en Nuestra América*. Jairo Estrada Álvarez; Carolina Jiménez Martín (editores-CLACSO, próxima publicación).

\* Economista, investigador del CONICET, profesor de la UBA, miembro del EDI. Su página web es: [www.lahaine.org/katz](http://www.lahaine.org/katz). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

intentaron tomar el principal aeropuerto venezolano bajo la pantalla de una empresa contratista.

Ese operativo fracasó por la decidida respuesta del gobierno venezolano. Si esa tónica se mantiene, Trump experimentará la misma derrota que sufrieron sus antecesores en Bahía de los Cochinos. Por eso intenta apuntalar una retaguardia de bases militares en Colombia. Con ese dispositivo apaña, además, la brutalidad imperante en un país agobiado por el terrorismo de estado, el asesinato de militantes populares y el desplazamiento forzoso de campesinos.

Colombia es un centro de operaciones regionales del Pentágono. Allí se enlazan los desplazamientos de la IV Flota con una vasta red de uniformados afincados en todo el hemisferio. Ese entramado desmiente las ingenuas creencias de los distintos analistas, que periódicamente lamentan la “pérdida del interés estadounidense por América Latina”. En los hechos, la doctrina Monroe continúa orientando todas las decisiones de Washington hacia la región. Pero el nuevo despacho de *marines* a Sudamérica se inscribe en una coyuntura muy crítica para Trump.

## Escapatoria frente a tres convulsiones

Estados Unidos afronta tres tsunamis simultáneos. La pandemia, la depresión económica y la rebelión de los afroamericanos no son novedosas, pero en el pasado irrumpían en distintas temporalidades. La gripe española apareció en 1918, el gran desplome de la producción se verificó en 1930 y los levantamientos contra el racismo alcanzaron su pico en los años 60. Ahora las tres convulsiones convergen en una misma secuencia de acontecimientos.

Las solicitudes del seguro de desempleo y las previsiones de caída del PBI ilustran la gravedad de la crisis económica. Aún se desconoce si la consiguiente lluvia de quiebras será contenida con mayores socorros oficiales.

Los neoliberales relativizan el desplome de la producción, estimando que la saludable economía estadounidense fue afectada por una desgracia ocasional de la naturaleza. Omiten que el coronavirus ha sido una calamidad potenciada por el capitalismo y que el derrumbe de los ingresos populares no es consecuencia del virus. Deriva de los monumentales desequilibrios acumulados por un sistema social, que enriquece a un puñado de millonarios a costa de las mayorías populares.

Trump ha batido todos los récords de irresponsabilidad criminal en el manejo de una pandemia. El país alberga el mayor número de contagiados del planeta y la infección ha golpeado brutalmente a 30 millones de personas que carecen de seguro médico. El magnate improvisó una medida tras otra, sin articular nunca un plan para lidiar con el desastre sanitario. Forzó la continuidad de actividades laborales entre la población amenazada y provocó la tragedia de las fosas comunes. Nueva York ha padecido en forma desesperante esa crueldad.

En ese dramático contexto irrumpió la rebelión de los afroamericanos que ha convulsionado a las grandes ciudades. Las tradicionales protestas de la población negra esta vez dieron lugar a enormes manifestaciones multirraciales. La juventud se insurreccionó contra la impunidad policial y Trump no pudo consumir su brutal convocatoria a redoblar la represión. El toque de queda fue desafiado en las calles y ningún gobernador aceptó el envío de la guardia nacional.

El asesinato del Floyd desencadenó la indignación contenida contra un racismo inscripto en la estructura política del país. El propio sistema electoral de representación indirecta constituye una distorsión del sufragio y proviene de las concesiones otorgadas a los plantadores al fin de la esclavitud.

Con banderas contundentes (“la vida los negros vale”), símbolos del sufrimiento (“no puedo respirar”) y mensajes fulminantes (“Estados Unidos ha saqueado a los negros y aprendimos de ustedes”), la épica de los años 60 ha sido renovada. Una nueva generación tomó nota de la ausencia de reformas, al cabo de varias décadas de “acción afirmativa”. También ha

gravitado la experiencia con un presidente negro que mantuvo los pilares del racismo. Las protestas pusieron de relieve la sistemática violencia que soportan los afroamericanos y en pocos días se logró más que en años de exhortaciones al cambio gradual.

Ahora Trump afronta un trípode de obstáculos inesperados para el proyecto reeleccionista. Su figura concentra el negacionismo frente la pandemia, la indiferencia ante los empobrecidos y el desprecio a las minorías sojuzgadas.

En este explosivo escenario reaparecen viejas incógnitas. ¿Intentará una aventura militar externa para rehuir la enorme crisis interna? Ese tipo de operativos ha sido la típica escapatoria de los presidentes norteamericanos frente a las graves convulsiones locales. Las incursiones de los *marines* distraen la atención, dominan los titulares de la prensa y reavivan el fantasma de la seguridad nacional. Venezuela se ubica actualmente en el mismo casillero que en el pasado ocuparon Irak, Afganistán, Siria, Libia o Yugoslavia.

Trump afronta con Venezuela el mismo problema que tuvieron sus antecesores con Cuba. No logra digerir la capacidad exhibida por David para contener a Goliat. En un escenario económico-social durísimo, el gobierno de Maduro ha logrado desbaratar una conspiración tras otra.

El nuevo arribo de *marines* a Colombia obedece, por lo tanto, a las tensiones internas de Estados Unidos y a los fracasos golpistas en Venezuela. Pero el belicismo imperial también expresa problemas de mayor alcance, que afectan estructuralmente a la primera potencia.

## Contragolpe en el patio trasero

Estados Unidos afronta una crisis de largo plazo que genera un doble efecto de repliegue interno y forzada centralidad internacional. El declive económico es muy significativo en comparación a la primacía que detentó el país hasta los años 70. El retroceso de la industria y el déficit

comercial son los principales indicadores de una declinación, que ha sido parcialmente compensada por el protagonismo de las finanzas y la relevancia de las nuevas tecnologías.

Varios presidentes han intentado retomar el liderazgo de Estados Unidos. El último gran ensayo efectivizado en el debut de la globalización fue socavado por la propia dinámica del capitalismo contemporáneo. La primera potencia propició la internacionalización de los negocios bajo el comando de la Reserva Federal, el dólar, Wall Street y el Silicon Valey. Pero no logró remontar la pérdida de posiciones competitivas en la producción y el comercio mundial.

Esa frustrada experiencia ha intensificado las tensiones en la crema del poder. Los conflictos entre el segmento más internacionalizado de las clases dominantes y la tradicional fracción americanista quebrantan la cohesión interna y erosionan la primacía de la primera potencia. Estados Unidos salió mejor parado que Europa y Japón de la gran crisis del 2008, pero el espectacular avance de China anuló esas ventajas.

El gigante del Norte preserva un lugar imperial preeminente como custodio del orden capitalista mundial. Mantiene una impúdica ideología intervencionista y conserva la subordinación de una amplia red de apéndices. Pero afronta nuevas tensiones con los socios europeos y un choque de gran envergadura con Rusia, que afecta la rivalidad estratégica con China.

Trump ha ensayado un novedoso sendero para recuperar la supremacía estadounidense. Intenta forzar la reducción de los enormes desbalances comerciales que mantiene el país con sus principales socios, mediante duras negociaciones comerciales con todos los clientes y proveedores. Busca aprovechar las ventajas norteamericanas en los servicios, la economía digital y el manejo de la información e implementa un bilateralismo mercantilista muy diferente al proteccionismo clásico.

El magnate pretende complementar la conservación de los negocios globales con distintas opciones de regionalización y con ese propósito exige

mayores concesiones económicas a Japón, Alemania y Canadá. Comparte con todo el establishment la prioridad de doblegar a China, especialmente en la urgente batalla tecnológica.

América Latina ocupa un lugar clave en esa contraofensiva internacional. Trump aspira a recuperar terreno global exhibiendo fuerza en el propio hemisferio. Por eso refuerza las viejas relaciones de subordinación de la región y exige la inmediata contención de la extraordinaria penetración que ha logrado China en el Patio Trasero.

Trump no disimula su nostalgia por el viejo intervencionismo, que situaba a Latinoamérica en el propio radio de acción de Estados Unidos. Cuando a principios del siglo XX la gran potencia ya actuaba como un imperio informal -priorizando la dominación económica frente a la incursión territorial- la región continuaba sometida a las formas clásicas de sometimiento. Trump añora esa prepotencia.

Su virulencia imperial persigue dos objetivos precisos: apuntalar la batalla contra China y anular los márgenes de autonomía conseguidos por América Latina en la última década. Por eso refuerza la restauración conservadora y sostiene a los gobiernos derechistas que reportan a su Ministerio de Colonias (OEA).

## Adversidades, fracasos e interrogantes

En el primer tramo de su gestión Trump logró cierta recuperación de la economía, sin revertir los desequilibrios estructurales. También consiguió una mayor subordinación de sus socios, pero no el acompañamiento requerido para la guerra comercial contra el rival del Oriente.

Sus principales objetivos siguen pendientes. China resiste las presiones, Alemania consolida en alianza con Francia en un bloque europeo más autónomo y Rusia rechaza el compromiso sugerido por el mandatario norteamericano. Sólo la consumación del *Brexit* abriría una nueva oportunidad para el exuberante presidente, si logra concretar su difícil reelección.

Trump redobla un torrente de amenazas retóricas sin correlatos prácticos. No ha efectivizado ninguna intervención directa y carga con la mochila de los fracasos previos en Medio Oriente y Asia. No se atreve a utilizar la preponderancia bélica estadounidense para recomponer la hegemonía imperial.

A diferencia de Bush, el magnate ha evitado los operativos de invasión. Sostiene las agresiones de sus socios pero retacea las tropas propias. Las limitaciones de Trump se verifican en la comparación con la exitosa confrontación que encaró Reagan contra la URSS. El administrador de tweets tampoco ha conseguido la división de adversarios que logró Nixon, cuando opuso a China con Rusia.

Esta parquedad de resultados se extiende también a América Latina. Trump no consigue recomponer la dominación imperial. Todas las misiones que envió para incrementar el superávit comercial tuvieron magros efectos. El estancamiento económico de sus clientes y las propias restricciones que impone al intercambio de bienes socavan sus ambiciones mercantilistas.

Ciertamente logró consumir la revisión del NAFTA y asegurar la primacía de las empresas yanquis, en un convenio amoldado a las exigencias de esas compañías. Ha garantizado la propiedad intelectual y el pago de patentes, pero sin disipar las crecientes tensiones en las maquilas fronterizas.

Trump sigue intentando el desplazamiento de Brasil de los negocios más lucrativos de Sudamérica, pero el manejo de las grandes licitaciones de obra pública continúa en disputa. Tampoco ha conseguido revertir la impresionante presencia económica de China. El gigante asiático se ha instalado en el Patio Trasero sin permiso del Tío Sam e ignora todas las demandas de desalojo.

Este adverso escenario tiene repercusiones en el terreno bélico. Trump no ha podido reunir los respaldos requeridos para una agresión en regla contra Venezuela. Las limitaciones que afronta para un ataque

convencional ilustran el cambio de época. Trump no repite la ocupación de Granada (1983) ni la incursión a Panamá (1989). Busca crear pánico con amenazas cotidianas, pero potencia los repudios en toda la geografía latinoamericana. El envío de nuevos efectivos a las bases de Colombia agrava ese malestar.

También las relaciones del imperio con las clases dominantes de la región han sido afectadas por las provocaciones verbales. Los vecinos del sur quedaron estupefactos durante la pandemia por el súbito pasaje del “*América first*” al “*América alone*”. Entre las elites de la zona se generalizó una sensación de abandono, frente al repliegue una potencia que archiva su disfraz de auxiliadora del planeta.

El autoaislamiento que impuso Trump frente a la crisis del coronavirus transmitió una imagen de impotencia. La decisión de privar de fondos a la OMS en el pico de la infección fue tan impactante, como la requisita internacional de material médico para cubrir las necesidades sanitarias de Estados Unidos.

Ese egoísmo imperial ha contrastado con la actitud asumida por China. En lugar de propagar insultos o exhibir indiferencia, el gigante asiático ofreció socorros sanitarios a los gobiernos pro-yanquis de la región.

Las tensiones de Trump con los grupos dominantes de América Latina se agravan en la coyuntura electoral en curso. El magnate gestiona la reelección reforzando su base derechista con hirientes campañas contra los inmigrantes latinos. Ha forjado su espacio político con diatribas reaccionarias, que canalizan el descontento de amplios sectores con el deterioro generado por el neoliberalismo. Su estrategia apunta a potenciar ese resentimiento.

El magnate culpabiliza a los extranjeros por las desgracias sociales que provocan los acaudalados yanquis. El desprecio por los latinos, las burlas hacia los caribeños, los insultos a los mexicanos y las fantasías del muro fronterizo continúan dominando su libreto de campaña.

Las agresiones racistas del mandatario bravucón amplifican la indignación latinoamericana. El embargo de medicinas a Cuba y Venezuela en el pico de la pandemia suscitó un cúmulo de rechazos, que desbordó el espectro tradicional de los críticos de Trump

La hostilidad retórica hacia América Latina es un ingrediente del operativo montado por el millonario, para consolidar internamente la alianza del bloque económico americanista con el establishment republicano. Trump intentará repetir la disputa con los medios de comunicación y con la elite del Partido Demócrata, que le permitió acceder al primer mandato. Pero esta vez afronta serias adversidades electorales, en un contexto signado por la pandemia, la depresión y la rebelión afroamericana.

## Afinidades antiimperialistas

La presencia de militares estadounidenses en Colombia suscita crecientes repudios en América Latina. Esos gendarmes apuntalan a los gobiernos derechistas que intentan sepultar el ciclo progresista de la década pasada y sofocar las rebeliones populares del siglo XXI. La militarización de Colombia bajo las órdenes de Washington es una pieza central de la restauración conservadora y de la acción golpista que agobia a la región.

La resistencia contra el autoritarismo, el terror y la intolerancia forma parte de las grandes batallas populares, que el año pasado dieron lugar a una impactante secuencia de protestas. Colombia fue uno de los principales escenarios de esas movilizaciones. Esta oleada de levantamientos quedó interrumpida por la pandemia. La reclusión hogareña suspendió muchas manifestaciones, que serán reanudadas cuando se disipe el peligro de los contagios.

Pero lo más novedoso de la acción popular en América Latina es su convergencia con la rebelión antirracista de Estados Unidos. La irrupción de los afroamericanos es la primera acción callejera de envergadura e impacto internacional luego de la pandemia. Las marchas convocadas bajo la consigna de “no puedo respirar” se han extendido a varias urbes de

Europa y Asia. Los manifestantes tumban las estatuas de los esclavistas y derriban los símbolos de la opresión racial.

La misma sensibilidad se verifica en América Latina, que padece desde hace siglos la violencia imperial que soportan los afroamericanos. El descontrol de la policía estadounidense, la impunidad de las milicias supremacistas y la generalizada portación de armas no son resabios del siglo XIX. Constituyen efectos adicionales de las matanzas perpetradas por los *marines* en todo el mundo. Las masacres del imperialismo en la periferia alimentan los tiroteos, los asesinatos y los encarcelamientos que periódicamente enlutan a la población negra de Norteamérica.

La lucha común en las calles de Estados Unidos y América Latina pone de relieve la comunidad de intereses que enlaza a ambos pueblos. Esa ligazón comienza a retomar visibilidad luego de muchos años de olvido. La convergencia de la izquierda latinoamericana con el *socialismo millennial* en el norte del continente facilita ese empalme. La radicalización política que expresó la campaña de Sanders sintoniza con procesos muy semejantes al sur del Río Grande. La enorme población latina de Estados Unidos aporta un nuevo canal conexión entre ambas tradiciones.

Esta misma convergencia de aspiraciones afroamericanas y esperanzas latinoamericanas alcanzó en 1960 un momento culminante, con la reunión de Fidel Castro y Malcom X. Ese encuentro de la revolución cubana con el movimiento radical negro simbolizó la confluencia antiimperialista, que actualmente recuperan las nuevas generaciones de todo el hemisferio.

# Notas sobre la crisis interna estadounidense en la transición al caos sistémico

Carlos Eduardo Martins\*

La Covid-19 representa probablemente el punto de inflexión de la globalización neoliberal hacia un período de caos sistémico. Este período deberá estar marcado por una larga depresión en la economía mundial, por la aceleración del declive de los Estados Unidos y las potencias europeas, por la proyección de un nuevo eje geopolítico liderado por China y por la intensificación de las luchas de clases en el interior y entre los Estados nacionales. La pandemia alcanza a la globalización neoliberal - iniciada en la década de 1980 y liderada por Estados Unidos y el noroeste de Europa - en un proceso de agotamiento debido a los niveles

\* Profesor del Instituto de Defensa y Relaciones Internacionales de la Universidad Federal del Rio de Janeiro (IRID/UFRJ). Investigador de los Grupos de Trabajo CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos” e “Integración regional y unidad latinoamericana”. Colaborador del Grupo de Trabajo CLACSO “China y el mapa del poder mundial”.

de financiarización que ha logrado, a la disminución de las tasas de crecimiento de la economía mundial en el eje geopolítico del imperialismo occidental, y a la pérdida del papel impulsor del comercio mundial y de los flujos internacionales de capital. Significa la primera evidencia de una crisis ambiental que se manifiesta en la “venganza” de la naturaleza contra el dominio humano que la destruye, mencionada por Engels (1979) en *Dialéctica de la Naturaleza*. Las condiciones de esta crisis ambiental siguen vigentes debido a las altas tasas de deforestación y emisiones de carbono, el calentamiento global resultante y el desajuste entre las escalas y la velocidad del movimiento de bienes o personas, de un lado, y el uso de la ciencia para la defensa de la vida, de otro.

Por lo tanto, es necesario desarrollar un nuevo paradigma biotecnológico, intensivo en bienes públicos, que requiere la orientación de la ciencia y las tecnologías para la preservación y regeneración de los ecosistemas, la salud, la educación y la creación de una cultura de masas intensiva en conocimiento e información. Eso implica el establecimiento de una nueva etapa de la revolución científico-técnica para hacer frente a la crisis ambiental en curso, que la globalización neoliberal tiene enormes dificultades en promover (Martins, 2020).

La larga depresión de la economía mundial exigirá niveles ampliados de intervención estatal en la economía, acelerando la tendencia a su expansión, iniciada desde el siglo XIX, con la mundialización del comercio internacional, de los flujos de capital, de las escalas productivas, de los flujos demográficos y de los servicios públicos. Antes de la crisis de covid-19, el gasto público era del 47% en los países de la OCDE y del 38% en los Estados Unidos (OCDE, 2019). Probablemente pasaremos a un nuevo nivel de gasto público, alrededor del 50% al 70% del PIB, en los principales estados de la economía mundial, lo que implicará nuevos arreglos entre los sectores público y privado, redefiniendo las relaciones entre el Estado y las clases sociales. Hay tres direcciones posibles para este reordenamiento: a) profundizar la globalización neoliberal, sostener la financiarización y la generación de capital ficticio a costa de los salarios y el empleo para la clase trabajadora - lo que aumenta en gran medida la desigualdad ya impulsada por ella—y los déficits públicos y la

deuda pública, en detrimento del desarrollo y el bienestar; b) orientar la intervención estatal hacia el gasto militar y una economía de guerra, apropiación, represión y proteccionismo, en vista de las dificultades para sostener la expansión de la burbuja financiera, de los altos costos para articular socialmente el consenso y del declive producido por la creciente competencia internacional; c) impulsar el gasto estatal en la expansión de los servicios de salud pública, educación, cultura y preservación ambiental, creando una economía de bienestar avanzada que represente una transición hacia el socialismo, bajo un alto nivel de regulación social de los mercados, intervención estatal y democratización.

La primera alternativa representa un intento de prolongar el dominio de la globalización neoliberal sobre la economía mundial; el segundo representa el proyecto de poder neofascista para reemplazarlo; y el tercero, la alternativa popular, democrática y socialista. Es posible tener combinaciones entre estas vías, en particular, entre la primera y la segunda alternativa, pero también entre la primera y la tercera. Sin embargo, la subordinación de los proyectos socialistas al establecimiento de la globalización neoliberal ha llevado a la inmensa pérdida de popularidad de las fuerzas de centro-izquierda y de izquierda

## La crisis de la hegemonía en los Estados Unidos: la democracia estadounidense en cuestión

Una de las principales resistencias a la globalización neoliberal surgió de la elección de Trump. El la culpó por el declive de los Estados Unidos, debido a los compromisos políticos y militares que estos asumieron para organizar el consenso internacional y las limitaciones que implicó al uso de su poder gubernamental para restringir los movimientos de capital y mercancías. Aunque fue elegido con una retórica chovinista que respaldaba su promesa de hacer que Estados Unidos volviera a ser grandioso, los resultados logrados por Trump han sido muy limitados y el costo de implementarla muy alto. Su imperialismo unilateral ha acelerado la erosión del liderazgo ideológico de Estados Unidos sin que se hayan

alcanzado los objetivos económicos de recuperación, incluso antes del impacto de la Covid-19.

El crecimiento económico fue insignificante, las tasas de inversión se mantuvieron bajas, la desindustrialización continuó avanzando, las tasas de ganancias siguieron su lento descenso después del pico en 2013, el déficit comercial, especialmente no petrolero, se amplió y la deslocalización productiva no fue controlada ni revertida. La deuda pública atingió su punto máximo en este siglo, en 2019, cuando alcanzó el 107% del PIB, a lo que se sumó el récord de deuda de las corporaciones no financieras en 2019, del 47% del PIB, ultrapasando 2008 (Council of Economic Advisers, 2020). Estas corporaciones aprovecharon las políticas de bajas tasa de interés iniciadas por la administración Obama para respaldar los valores ficticios de sus activos en bolsas de valores o sus inversiones extranjeras, lo que resultó en tasas de crecimiento poco expresivas. El déficit público aumentó debido a la combinación de una política fiscal regresiva, que extendió las exenciones fiscales para las corporaciones y los ricos, e incremento de los gastos militares. A pesar de la reducción del desempleo, los niveles de desigualdad se mantuvieron extremadamente altos, acercándose a los alcanzados en 1929 (World Inequality Database, 2020).

La Covid-19 alcanza una economía vulnerable y convierte a Estados Unidos en el epicentro de la crisis mundial, debido a su bajo dinamismo económico, el deterioro de su liderazgo internacional, el creciente costo financiero de su Estado y de su sector privado, la fuerte desigualdad interna, la restricción de los servicios públicos para satisfacer las necesidades de salud de su población y la política negacionista de Trump, que retrasó las políticas de aislamiento social y limitó la intervención gubernamental. El pronóstico del FMI, publicado en junio de este año, para 2020, es de una retracción del 4.9% de la economía mundial, del 8% de los Estados Unidos, del 10.2% de la Unión Europea y de una expansión de 1 % de China (FMI, 2020). Este escenario agrava las debilidades internas e internacionales del Estado estadounidense: por un lado, ejerce presión sobre la democracia estadounidense, cuyos compromisos históricos con el liberalismo, el imperialismo y el colonialismo debilitan las bases

sociales de su unidad, haciéndola muy dependiente del desarrollo económico, de la prosperidad material y del fetichismo de la mercancía para garantizar el consenso y la gobernabilidad; y por otro lado, pone al dólar en riesgo como un estándar monetario mundial, cuyo apoyo depende de la capacidad de los Estados Unidos para financiar la expansión de sus deudas, lo que tiende a debilitarse con la necesidad de que los Estados aumenten su gasto público, reduzcan sus reservas internacionales y establezcan controles en la cuenta de capital.

Las presiones sobre la democracia estadounidense tienden a ser impulsadas por un conjunto de factores que, caso se combinen, pueden conducir a resultados explosivos: los efectos de Covid-19 sobre el empleo, los salarios y la salud de los trabajadores; el desmantelamiento de la trayectoria de prosperidad de los Estados Unidos debido a la transición a un Kondratiev recesivo, que debe golpearlo especialmente; los vínculos entre el liberalismo estadounidense y el racismo estructural; los cambios en el perfil demográfico de una población blanca y caucásica para otra cada vez más negra, latina y asiática; la extensión de la sobreexplotación a los trabajadores, anulando los fundamentos históricos de la cohesión de una economía imperialista; y la resistencia de las oligarquías estadounidenses a las presiones sociales redistributivas.

Aunque Estados Unidos se presente internacionalmente como el baluarte de la democracia, el análisis de su historia económica, política e ideológica no permite sostener esta pretensión. El liberalismo estadounidense se vinculó al colonialismo interno y al imperialismo que lo estructuró, comprometiendo el proyecto de democracia de sus oligarquías con el racismo, el exterminio, los golpes de estado, la guerra y la ocupación. En la construcción de la formación nacional estadounidense se encuentran el trabajo esclavo de los afroamericanos, el exterminio de los indígenas y la expropiación de sus tierras, la apropiación de casi la mitad del territorio mexicano, incluido el oro de California, la ocupación de Caribe y Panamá, la explosión de las bombas atómicas en Japón, la Guerra Fría contra el socialismo, el macartismo, el bloqueo a Cuba, las guerras en Corea, Vietnam, Irak y Afganistán, la instalación de bases militares en gran parte del mundo y la articulación de golpes de Estado contra gobiernos

y movimientos nacional-populares en la periferia y semiperiferia del sistema mundial.

La abolición de la esclavitud con la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra Civil no afirmó los derechos sociales de los afroamericanos. El período de Reconstrucción - cuando se intentó garantizar sus derechos civiles y políticos sin alterar la estructura de la tierra de la economía de *plantation* - terminó con el pacto entre las oligarquías de estas regiones en nombre de la cohesión nacional. El Compromiso de 1877 retiró a las tropas de la Unión de los antiguos Estados Confederados y la Corte Suprema consideró los Derechos de la Ley Civil de 1875, que prohibían la discriminación en espacios públicos, inaplicables a corporaciones e individuos, sellando el vínculo entre el liberalismo y el colonialismo interno. En 1892, la Corte Suprema legalizó el segregacionismo al considerar que no violaba la 14a enmienda constitucional, que establecía la igualdad legal entre negros y blancos, apoyando la doctrina que se nombró "iguales pero separados". Luego, se abrió el espacio para que los antiguos estados esclavistas establecieran las leyes y códigos negros de *Jim Crow*, que duraron hasta la década de 1960, mediante los cuales se impidieron los derechos políticos de los afro-descendientes, los pueblos indígenas y otros grupos étnicos no caucásicos. Se crearon barreras de impuestos y de pruebas de conocimiento para el ejercicio del sufragio; leyes de segregación en espacios públicos, como transporte, escuelas, baños y restaurantes; prohibición del matrimonio y de sexo interracial; o la interdicción de consumo de productos, como licores y bebidas alcohólicas, a grupos étnicos- raciales.

Woodrow Wilson, quien representó la crema de la aristocracia intelectual del Sur, presidente de la Universidad de Princeton (1902-1910), doctor en Johns Hopkins, creador de la Sociedad de Naciones, Premio Nobel de la Paz (1919), implementó la segregación en la Administración Pública Federal, llevándola a oficinas, correos y fuerzas armadas. El racismo del liberalismo estadounidense se manifestó no solo en el pensamiento y las acciones de Woodrow Wilson, una referencia al liberalismo progresista estadounidense y mundial en los años 1910-20, sino también de Henry Ford, una referencia de la reorganización del sistema de producción

en los Estados Unidos. Ford escribió *The International Jew* (Ford, 1920) donde reivindica el chovinismo nórdico y celta contra el bolchevismo a quien acusa de ser la expresión más peligrosa de un complot judío para conquistar el poder en el mundo.

La presencia de los Estados Unidos en la guerra contra el nazi-fascismo, la presión del movimiento negro por los derechos políticos y civiles, la reorganización de los trabajadores en la larga coyuntura del pleno empleo y el desarrollo de una fracción liberal reformista, cuya expresión más avanzada, en los años 1960, fueran los Kennedy, crearan las condiciones para la eliminación de la segregación en las fuerzas armadas (1948), para su prohibición en las escuelas públicas por la Corte Suprema, que revisó el veredicto de 1892 (1954) y, para la promulgación de la Ley de Derechos Civiles (1964) y la Ley del Derecho al Voto (1965) bajo Lyndon Johnson. El *New Deal* y la *Gran Sociedad* redefinieron la relación del Partido Demócrata con los trabajadores y los movimientos sociales.

Poniéndose a la defensiva, el racismo se ha relacionado cada vez más con las acciones de la policía y el sistema legal, guiados por la política de represión de las drogas, ya que, en la gran mayoría de los estados de EE. UU, la condena de más de 1 año implica la supresión derechos políticos, que puede extenderse al período de libertad vigilada y, en algunas jurisdicciones, por toda la vida. Desde la década de 1980, la población carcelaria o bajo supervisión correccional se ha multiplicado, especialmente después de la Ley contra el abuso de drogas (1986), afectando más que proporcionalmente a las poblaciones afroamericanas y latinas<sup>1</sup>. La política de aumentar el encarcelamiento, que comenzó bajo la administración Reagan, continuó en los gobiernos Bush padre, Clinton y Bush hijo, sufriendo solo una ligera inflexión negativa de la administración Obama.

<sup>1</sup> Mientras que la población carcelaria se multiplicó 2.96 veces entre 1910-1970, aumentó seis veces entre 1970-2000. La población afroamericana corresponde al 40% de los encarcelamientos, representando solo el 13% de la población de los Estados Unidos, la latina, el 19% frente al 16% en la población general, y los blancos el 39%, subrepresentados en relación con el 63% al que corresponden en la población global. Se estima que 5,3 millones de personas habían perdido su derecho al voto en los Estados Unidos en 2008 y, entre ellos, más del 7% de los afroamericanos.

La ofensiva de los trabajadores y los movimientos sociales impulsó la crisis de hegemonía de la burguesía estadounidense en la década de 1970, que se originó de la combinación de varios procesos: la crisis del patrón de acumulación en el período de posguerra, resultado de las reivindicaciones salariales impulsadas por el alto grado de organización de la clase trabajadora, asociado con décadas de pleno empleo; la acción del movimiento negro contra el colonialismo interno; las luchas contra la guerra de Vietnam que reunieran a estudiantes, jóvenes y trabajadores, creando una fuerza social étnica-racial plural; y las presiones para expandir el estado de bienestar, cuyas raíces se remontan al *New Deal*, dirigiéndolo hacia la extensión y el fortalecimiento del derecho a la salud, la educación, la seguridad y la vivienda.

Superada por la fuerza de los movimientos sociales, la facción liberal reformista perdió la iniciativa y se vio abandonada por el gran capital que comenzó a apoyar los proyectos neoliberales de financiarización de la acumulación y del Estado y la reubicación productiva. El gran capital estadounidense logró dominar a los trabajadores y los movimientos sociales en la década de 1980 y creó una alternativa al protagonismo del complejo industrial-militar, afectado por las luchas populares contra las políticas imperialistas en Vietnam. La oligarquía reformista liberal buscó adaptarse al nuevo contexto y orientó sus políticas para restringir el gasto militar, el endeudamiento y el interés, abriendo un espacio limitado para el gasto social, las políticas compensatorias y el multilateralismo. La derecha neoliberal, por el contrario, priorizó el gasto militar, las políticas fiscales regresivas, el endeudamiento y un margen de independencia que limitó el alcance y la profundidad del consenso internacional.

El nuevo patrón de acumulación generó efectos acumulativos en los Estados Unidos: aceleró el declive productivo y la desindustrialización, alcanzó las fracciones menos internacionalizadas y financiarizadas del capital, bajó los salarios de los trabajadores y precipitó la crisis política del liderazgo neoliberal cuando el Kondratiev expansivo, iniciado en 1994, comenzó a agotar su dinamismo. El compromiso de los recursos públicos con la financiarización redujo el alcance de las políticas compensatorias

y abrió el espacio para el populismo de derecha y el neofascismo, en ausencia de alternativas a la izquierda.

Sin embargo, Trump no rompió con la financiarización. Eligió al extranjero y a los no caucásicos como enemigos, trató de movilizar el sentimiento chovinista de la comunidad blanca mayoritaria no hispana, estableció sanciones contra los Estados cuya competitividad amenaza la industria estadounidense y combatió la inmigración. Los resultados, como hemos visto, han sido muy limitados y su proyecto para repatriar el gran capital estadounidense requiere un alto grado de represión contra la clase trabajadora y los movimientos sociales para garantizar internamente las tasas de ganancia que logra fuera. La movilización y apoyo al racismo institucionalizado, que se manifiesta en la política represiva de la ley y el orden, en el asesinato de George Floyd, en la defensa simbólica de los confederados y sus aliados, y en la organización de grupos de extrema-derecha, navega por estos mares.

Las elecciones estadounidenses enfrentarán dos proyectos: a) el de la derecha populista de Trump, con orientación neofascista, comprometido con la financiarización neoliberal y objeto de una fuerte crisis política interna. Esta fuerza tiende a buscar músculos para promover a medio y largo plazo una política de represión interna, guerra y acumulación por desposesión, como alternativa a los límites de la financiarización; b) la antigua oligarquía centrista, asociada a la globalización neoliberal, representada por Joe Biden. Este grupo tiende a sufrir la influencia de la creciente ofensiva de los movimientos sociales, sin embargo, difícilmente colocará las demandas de expansión del gasto social por encima de sus vínculos con el rentismo y la internacionalización del capital financiero. Por lo tanto, tiende a ser una repetición de políticas de tercera vía en un contexto mucho más inhóspito.

Corresponderá a los movimientos sociales estadounidenses en los próximos años buscar la construcción de los caminos políticos de un estado de bienestar socialista y una sociedad internacional pacífica y antiimperialista.

## BIBLIOGRAFÍA

- Council of Economic Advisers (2020) Washington D.C. Economic Report of the President
- Engels, Friederich (1979) Dialéctica da Natureza. Rio de Janeiro, Paz e Terra
- FMI (2020) World Economic Outlook, June 2020
- Ford, Henry (1920) The Jew International: The World`s Foremost Problem. Recuperado de [https://en.wikisource.org/wiki/The\\_International\\_Jew](https://en.wikisource.org/wiki/The_International_Jew)
- Martins, Carlos Eduardo (2020) Dependence, neoliberalism and globalization in Latin America. Leiden & Boston, Brill
- OECD (2019) Economic Outlook 106, November. Paris, OECD
- US Department of Justice Correctional Populations in US (2010). Correctional Population in United States. Recuperado de <https://bjs.gov/content/pub/pdf/cpus10.pdf>.
- World Inequality Database (2020). Income inequality, USA, 1913-2018. Recuperado de <https://wid.world/country/usa/>



Boletín del Grupo de trabajo  
**Estudios sobre Estados Unidos**

Número 4 · Julio 2020

